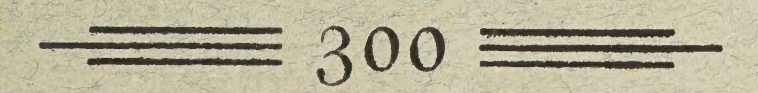
ANTONIO PASO y JOSÉ ROSALES

La Garduña

Zarzuela cómica en dos actos, el segundo dividido en tres cuadros, original y en prosa.

MÚSICA DE LOS MAESTROS

SOUTULLO y VERT



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1920

LA GARDUÑA

LA GARDUÑA

ZARZUELA

en dos actos, el segundo dividido en tres cuadros, en presa

ORIGINAL DE

ANTONIO PASO y JOSÉ ROSALES

música de los maestros

SOUTULLO y VERT

Estrenada en el TEATRO CÓMICO, la noche del 15 de noviembre de 1919

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup

TELÉFONO, NÚMERO 551

1920

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	
ANGUSTÍAS «LA GARDUÑA»...	Srta.	Prado.
SOCORRO...	Sra.	Franco.
BLANCAFLOR...		Castellanos.
SALÚ...	Srta.	Hernández.
ROSA...		Torrens.
FUENSANTA...		Jovellanos.
SACRAMENTO...		Anchorena.
TERTULIANO...	Sr.	Chicote.
SEVERINO...		Castro.
HIPÓLITO...		Aguirre.
CACHALOTE...		Delgado.
MARIANO...		Ponzano.
DON JUSTO...		Recober.
FRASQUITO ... / MAGDALENO ...		Morales.
TABASCO...		Manso.
ALGUACIL...		Henche.
JOSEÍCO...	Niña	Vargas.
PACO (guardia rural)...	Sr.	Cadenas.
TOÑICO...		
RAMÓN...		Vargas.
OFICIAL (de marina mercante)...		Arenas.
MÉDICO...		Delgado.
CAPITÁN (de marina mercante)...		Henche.
CAMARERO...		Bermúdez.
VENUSTIANO...		Cadenas.
GABRIEL...		Ortiz.
TRABAJADOR 1.º...		Bermúdez.
IDEM 2.º...		Henche.

Gitanas, marineros, trabajadores, señoras y caballeros

Derecha e izquierda, las del público



ACTO PRIMERO

Estamos en Salobreña, pueblo del Mediterráneo, perteneciente a Granada. La escena representa una modestísima barbería. Al foro, puerta que comunica con la calle, que a un lado se verán algunas casas, y allá más lejanos, acantilados y el mar. A la derecha (siempre del público) en primer término, puerta que comunica con el interior; en segundo término, un tocador con espejo, tabla, etcétera, etc., y, sobre ella, tijeras, navajas y todo lo necesario; delante un sillón de rejilla de los que se usan en barberías. Lateral izquierda, pared lisa, y en el centro, otro tocador exactamente igual al de la derecha. En el testero izquierda del foro, un sofá viejo de rejilla, también, y sobre él, dos cojines, no en muy buen estado. En la pared, sobre el sofá, un cartel en el que se leerá en letras grandes lo siguiente:

TERTULIANO GALVANA
PELUQUERO y CIRUJANO MENOR

SE EXTRAEN MUELAS CASI SIN DOLOR
Y
SE APLICAN SANGUIJUELAS

En el centro dos sillas y un velador pequeño con periódicos. Son las diez de la mañana de un día de verano esplendoroso. El sol está más que pegajoso. Al levantarse el telón, Tertuliano, de

unos cuarenta y cinco años, vestido con una blusa larga, de las que llevan los barberos, lucha por vencer una modorra que lo tumba, sentado en el sillón de la derecha. Tiene la cabeza echada en los brazos, sobre el respaldo. Severino, oficial, vestido igualmente, aparece en la misma actitud y con más mandanga, si es posible, en el otro sillón. En el foro se oye el esquilón de unas monjas, que suena sin cesar.

ESCENA PRIMERA

TERTULIANO y SEVERINO

Hablado sobre la música

TERT. (Revolviéndose y molesto.) ¡Camará con la campanita! Así le diera una parálisis al que la voltea.

SEV. Ya paece que va a parar.

TERT. A ver si podemos vencer la modorra. (Cesa la campana. Pausa. Tertuliano y Severino intentan dormirse. En el foro aparece el Pescaero.)

Cantado

PES. El Pescaero, el Pescaero.
Traigo lo mejorcito,
del mundo entero.
De la mar el mejor pescaíto
siempre es el mío.
Venid pronto a comprarme,
que se va el tío.
A las niñas bonitas
vendo al fiao,
llevo la flor y nata
de to el pescao.
Que tengo los jureles
que están saltando,
y salmonetes vivos
y coleando;
que tengo boquerones
y tengo rayas...

TERT. Y yo tengo unas ganas
de que te vayas.

PES. El Pescaero, el Pescaero.
Llevo lo mejorcito
del mundo entero.

Hablado sobre la música

SEV. ¡Está bien! Que la han tomao con nuestro sueño.

TERT. Ahora que la habíamos pescao... ¡el Pescaero!

SEV. A ver si hay manera...

(Doblan la cabeza e intentan dormir. Por la izquierda se oye al Pescaero que repite el pregón.)

Cantado

PES. El Pescaero, el Pescaero.
Llevo lo mejorcito
del mundo entero.

(Se oye a un cantaor que grita:)

CANTAOR Que me traigan un doctor;
¡por Dios!, que un doctor yo quiero;
que me traigan un doctor,
ligerito, que me muero.

Hablado sobre la música

TERT. Tú, Severino.

SEV. ¿Qué pasa?

TERT. Anda y llévale a ese tío un médico a ver si calla.

SEV. Es que la tabernita de al lao se las trae; cuando no están de juerga, andan a puñalás y a tiros.

CANTAOR (Dentro.)
¡Que me muero,
que me muero,
que me muero!
etc., etc.

TERT. Ya paece que se ha muerto.

SEV. A ver si hay manera ahora... (Pausa. De pronto el despertador que hay colocado sobre la mesa del centro, empieza a sonar.)

TERT. ¡Mar tiro le den al Inspector del Timbre! Ese reloj, Severino, llévatelo, tíralo. (Severino hace que deje de sonar.)

SEV. ¿Pero quién lo habrá puesto en las diez?

TERT. Debe ser cosa de la Garduña, que se la llevan los demonios cuando nos ve descansar un rato.

SEV. A ver ahora, maestro; ahora parece que hay calma. (Pausa. Rompe de nuevo a tocar el esquilón de las monjas.) ¡Por vida de las monjitas!

TERT. Como yo cogiera esa campanita no eran perras gordas las que hacía con ella. (Suena más fuerte.)

SEV. ¡Dale! ¡Dale!

TERT. ¡Así se te cayera el badajo, ladrona! (Suena, donde se supone la taberna, un tiro, seguido de gritos de «¡Guardias! ¡Socorro!»)

SEV. No se lo decía yo a usted: o juerga o bronca.

TERT. (Desesperado.) Na; está visto que aquí no se duerme ni con morfina. (Fin del número.)

Hablado

TERT. (A Severino que no deja de moverse.) ¿Qué te pasa, hombre?

SEV. ¿Qué quié usté que me pase? Que con estos desvelos se me acentúa la excitación nerviosa que padezco de continuo y estoy que va usté a tener que atarme al sillón.

TERT. Lo que influye mucho en tu padecimiento son los cambios de tiempo.

SEV. Muchísimo, sí, señor; el lunes que amaneció nublao, pues acuérdese usté, rompí tres vacías y por poco degüello a un parroquiano.

TERT. Como que a la primer nube que asome afeitas en la casa de socorro.

SEV. Lo que es menester es que haya que afeitar.

TERT. ¡Llevas razón! Y es que tengo una pata que ni de palo. ¡No me ha salío bien ná en esta vida! ¡Pero lo que se dice ná! Es decir, miento; una cosa me ha salido bien.

SEV. ¿Cuál?

TERT. El golondrino ese que tuve el mes pasao; acuérdate que por poco las lío.

SEV. Sí que es verdá, sí.

TERT. Pues es lo único. (Pausa. Cada uno va a su sillón y se sienta.)

SEV. Y la Garduña no ha debío venir, por lo visto.

TERT. Pué que ande por ahí dentro esperando que le demos dinero para hacer algo de comer; pero como no entren más parroquianos que los que hasta ahora, vamos a tener que comer de fonda.

SEV. ¿Qué le ha quedao a usted de ayer?

TERT. De ayer me ha quedao un hambre que, unida a la de anteayer y a la del otro... ríete de la canina.

SEV. ¿Y no tié usté pa la leche del chico?

TERT. Te digo que estoy más limpio que si me hubiesen frotao con sidol.

SEV. ¡Anda! Pues se va a poner buena la Garduña.

TERT. ¡Que reviente! ¡Al demonio se le ocurre!... ¡Vamos, hombre! ¡Una mujer que está en la situación que está ella, echarse la carga de un chico!...

SEV. Y que va pa seis meses, ¿verdad?

TERT. Tal día como mañana los hace; serían las doce de la noche, cuando se sintieron cerca del puerto, del lao de las rocas, primero dos tiros de cañón... una sirena que clamaba desesperá, gritos de angustia. . la campana de a bordo tocando sin cesar... ¡Un espectáculo como pa quitarle el sueño al más aficionao al reposo!

SEV. A usté o a mí, por ejemplo.

TERT. La gente se echó a la calle, corrió en auxilio del barco, pero tó inútil... cuando llegaron, se había hecho añicos contra los acantilaos.

SEV. ¿Y no se salvó nadie?

TERT. Dos o tres marineros y ese niño, que salvó Angustias con un arrojo y una temeridad, que oirlo referir pone los pelos de punta; a mí, de recordarlo ná más, se me quita hasta el sueño. (Da una cabezada, preludio del sueño que va a entrarle.)

SEV. (Igual que su amo y también pronto a dormirse.) ¡Pobre mujer!

TERT. ¡Y tan pobre! Sola en el mundo... viviendo a salto de mata... sirviendo de mofa a la gente... Y gracias a que como yo nací célibe, vivo célibe y moriré célibe, pues la dejo que se ocupe de los menesteres de la casa y le doy algo de cuando en cuando.

SEV. ¡Muy de cuando en cuando!

TERT. ¡Hasta en eso es desgraciá! Porque si afeitase o pelase, podría darle algo más, pero aquí le tienen un cariño a los pelos, que parece que estamos en la Edad Media, no ves más que melenas.

SEV. Y no debe ser vieja, ¿verdad?

TERT. ¿Quién es capaz de saber eso? Angustias, lo mismo puede tener treinta años que cincuenta. Ahora que si se peinara, que nunca se ha peinao, y se arreglara, que en su vida se ha arreglao, no te creas que tendría mal ver. ¡Pero es una fiera! Garduña le han puesto de mote y bien puesto está... Arisca... salvaje... (Se va durmiendo.) Lo mismo le da dormir en la casa que en mitá del campo...

SEV. (Durmiéndose también.) ¡Ya, ya... no sé como hay personas que duermen así en cualquier parte...

TERT. Y ahí la ves, le ha tomao a ese chico un cariño casi maternal. ¡Y cuidao que ya le he dicho: Angustias, que eso es una carga para tí; abre los ojos a la realidad... sí, sí...; abrir los ojos. Cerraos y bien cerraos... (Ya casi dormido.) Pero que bien cerraos. (Pausa. Los dos se quedan dormidos. Por la puerta de la derecha sale Angustias. La composición del tipo la acaba de hacer Tertuliano. La actriz puede completarlo pero sin exageración. Saca en los brazos un niño.)

ESCENA II

DICHOS y ANGUSTIAS

ANG. (Dirigiéndose a Tertuliano.) ¡Galvana! ¡Galvana!... Que si quieres... ¡Galvana!... ¡Mi madre, qué tronco! ¡Está pa engancharlo! (Se fija en Severino que dormido y todo se agita nerviosamente.) Pues miá aquél, que ni dormío se pué estar quieto. Pa mí que sueña que le hacen cosquillas. Y este ángel mío que se me va a despertar y no le he comprao la leche... Si hubiera algún perro por aquí. (Mirando por los tocadores.) Que si quieres... Esto paece una iglesia; no se ve un perro ni por equivocación. (Al chico.) No, pues hambre no pasas tú, porque aquí estoy pa robar si es preciso; pa robar pa tí, ¿lo sabes? (Fijándose en él.) ¡Qué cara tiene más preciosa! ¡Y pensar que si no llego a tiempo, a estas horas se lo hubieran comido los peces! ¡Hijo de mi alma, tan guapo, tan precioso en el vien-

tre de un bonito... porque a tí te tenía que comer un bonito! ¡Ah, pero tú tendrás tu leche, no faltaba más; ven, ven conmigo. (Mutis foro derecha.)

ESCENA III

DICHOS y SOCORRO, mujer de unos treinta y cinco años, trae tirando del brazo a JOSEÍCO, chico de unos seis a siete, que se resiste a entrar en la barbería. También trae otro niño de pecho. Foro izquierda

Jos. (Llorando.) ¡Que no quiero! ¡Que no entro!
Soc. ¡Joseíco, entra!
Jos. ¡Que no quiero! ¡Que no me da la gana!
Soc. Entra, o como me he de morir, que te doy un palizón que te lisio.
Jos. ¡Que no entro!
Soc. ¿Que no? (Le da dos tirones y le tira de los pelos. Joseico grita que se las pela.)
Jos. ¡Ay, ay, ay!
Soc. (Atizándole.) Toma, granuja, sinvergonzón. Pa que aprendas a obedecer a tu madre.
Jos. ¡Ay, ay, ay!
Sev. (Despertándose nervioso.) Vaya, que me están poniendo los nervios como pa tirar al blanco.
Tert. (Idem.) ¿Qué pasa? ¡Anda, si es la Socorro!
Soc. ¡Qué ha de pasar! Este haragán que se ha empeñao en hacer lo que le da la gana y por la gloria de mi marío que está en Buenos Aires, que le saco tiras del pellejo.
Jos. Pues no quieo pelarme, ¡ea!
Soc. Tú te cortas el pelo o te lo arranco a tirones.
Tert. No te pongas así, ¡mujer! Cálmate, que te estás llevando un disgusto y luego repercute en ese que llevas en brazos.
Soc. Y que lo digas. No sé como no se me ha muerto ya, porque hay días que tenías que ver lo que le doy a este angelito.
Tert. Con mucho gusto... pero, vamos, no es pa tanto; él será obediente, ¿verdad, rico?
Jos. ¡Que no quiero pelarme!
Soc. ¿Lo estás oyendo?
Sev. No se enfade usté; si eso le pasa a tós los del pueblo.
Soc. ¡Joseíco, mira que te llevo a casa, te encie-

rro en la cueva y hasta que se te caiga el pelo, no te saco.

JOS. Bueno, pues que me corten mu poco.

TERT. No tengas cuidao; igualártelo ná más. Tú, Severino, anda; iguálaselo con la máquina del cero, que iguala más.

SEV. ¿Yo? Pues sí que tengo los nerviecitos pa trabajar... Ven aquí, monín. (*Le sienta en el sillón, le pone el paño y empieza a pelarle.*)

TERT. Siéntate, Socorro, que en seguida te lo dejan listo.

SOC. Gracias, Galvana. (*Se sienta cerca del velador.*)

TERT. Y qué, ¿no has vuelto a saber de tu marío?

SOC. Si quiés no completarme la mañana, no me hables de ese granuja.

TERT. ¿Tan mal os llevábais?

SOC. Mal es poco. En fin, pa ponerle yo las ma nos encima, ¡que no me gusta pegarle a ningún hombre!

TERT. Favor que nos haces.

SOC. Por supuesto, que se llevó lo suyo; cá disgusto le tengo dao que se tomaba la zarzaparrilla por cubos. Hace dos años que se fué y a estas horas no sé si es vivo o es muerto.

TERT. Es vivo, créeme.

JOS. (*Chillando.*) ¡Ay, ay, ay!

SOC. ¿Qué te pasa?

SEV. No, no es ná. Es la máquina que tira un poco y... (*Aparte.*) Le he cortao el cuero cabelludo. ¡Si no estoy pa trabajar hoy...! (*Sigue pelándole.*)

TERT. (*A Socorro.*) ¿Y no has pensao en sustituirlo?

SOC. ¡Eso nunca! Yo podré ser, tocante a carácter, lo que sea; pero en punto a honrá, donde esté la primera, yo a su lao.

TERT. Pues dos años sola... Porque dices que hace dos años que se fué.

SOC. Por ahí le anda... porque este hijo mío lo he tenío hace seis meses, de modo que... justo, dos años hará pa el mes que viene.

JOS. (*Chillando más fuerte.*) ¡Ay, ay, ay!

SOC. ¿Pero, qué te pasa, hombre?

SEV. No es nada... nada... la máquina que tira, (*Aparte.*) que tira a cortarle la cabeza.

TERT. Pues el día que sientas la nostalgia de la viudez, ya sabes que de mí dispones como de una guitarra; con guiñarme un ojo, ya estoy a tono.

SOC. No me gustan los barberos.

TERT. Es que yo, además de *coifeur*, soy cirujano menor.

SOC. Pues cuando seas mayor, hablaremos.

TERT. (Riendo.) No has estao pesá.

SEV. Ea, listo; le fricciono con colonia, ¿verdad, maestro?

TERT. Sí, fricciónale. (Severino coge el frasco de colonia y figura que le echa a Joseíco. Al sentirlo rabia de dolor, se apea del sillón y corre por la escena. Severino corre tras él con el frasco en la mano.)

JOS. ¡Ay, ay, que no me echen de eso!

SEV. Pero, so tonto, si es una colonia riquísima.

TERT. No tiene más defecto que me cuesta a tres reales el litro.

JOS. Que no, que me escuece, que no me echen.

SOC. Pero, so arrastrao, si eso es bueno.

JOS. (Refugiándose en la falda de su madre.) Que no, que me duele mucho.

SOC. (Fijándose en la cabeza.) ¡Virgen de las Angustias! Pero, ¿qué es esto? (Por una cortadura.)

SEV. ¿El qué? ¡Ah, un granillo!

SOC. ¿Y esto, y esto?

SEV. Granos, todos son granos.

SOC. ¿Granos? Y si se descuida se le ven los sesos. ¡Hijo de mi alma, no había de escocerte!

TERT. ¡Maldita sea! Pero esto se lo arreglo yo. Dame esa venda hidrófila que hay ahí.

SEV. (Dándosela.) Tome usté.

TERT. Estate quieto, monín. (Le va poniendo la venda en la cabeza y luego se la cruza por debajo de la barba de modo que parezca un moro.) Ya estás listo.

SOC. Bueno, ¿y qué hago yo con este ahora?

SEV. Yo que usté le hacía un retrato.

SOC. ¿Burlas encima? Pues no me conoces...

SEV. Si no es burla... si es que está muy guapo.

TERT. Que te calles te digo; eso no es ná; pero si quieres me lo traes luego.

JOS. (Asustado.) No; yo no vengo más.

TERT. Si es para mudarle la venda y de paso igualarte ese lao.

SOC. Sí, sí; en seguidita lo traigo yo; no había de haber más barbería que esta en el mundo y antes le arrancaba el pelo con pinzas. ¡Hay que ver cómo va la criatura, que paece que la han traío del moro. Ahora que como el chico se me ponga malo, por la salud de

mi marío de mi alma, que vengo y la que te iguala la cabeza soy yo, pero te la igualo con el pescuezo, ¡ladrón! Vaya, salud para matar criaturas. Vamos, hijo.

JOS. Yo no vuelvo aquí, madre. (Vanse foro izquierda.)

ESCENA IV

TERTULIANO y SEVERINO quedan en la actitud que pueden suponerse

SEV. Y se va sin pagar.

TERT. Sal tú a pedirle el dinero.

SEV. ¿Sabe usté lo que le digo?: que si sigue así el día, mas vale que cerremos.

TERT. Tú lo que tienes que hacer si entra alguien a afeitarse, es tener cuidao.

SEV. Sí, sí.

TERT. Tener cuidao con el pescuezo, porque te buscas catorce años de presidio.

SEV. Es que estoy que paece que me he tomao seis tazas del Cafeto; hay que ver lo nervioso que estoy; pa mí que va a cambiar el tiempo.

TERT. Como no truene.

ESCENA V

DICHOS y ANGUSTIAS por el foro con el chico llorando

ANG. Sí, hijo mío; sí, tienes razón. Tienes hambrecita y no me han querío fiar la leche; ¡granujas! No tienen corazón.

SEV. Duérmelo hasta ver si se hace algo y te damos dinero.

ANG. Falta que quiera dormirse.

TERT. ¿Quieres que le cantemos una nana?

ANG. No, nanas no; no le hacen efecto; cuando se pone mu pesao, con lo que se duerme es con una barcarola.

TERT. Claro, como que es hijo del mar.

SEV. Pues vamos con una barcarola.

ANG. ¡Maldita sea!

TERT. No te enfades, mujer, y empieza que nosotros te haremos el acompañamiento.

Música

ANG. Amarra las barcas que sueltas están
pan, pan,
que silba a lo lejos el fiero aquilón,
pon, pon,
y el cielo se tiñe de negro capuz,
Jesús, Jesús,
y el mar inclemente se empieza ya a hinchar.
TODOS La mar, la mar,
se empieza ya a hinchar.
ANG. Que te espero, marinero,
aligera a regresar.
TERT. SEV. } Marinera, si me esperas
de pie, te vas a cansar.
ANG. Cuando voy surcando el mar
no tengo miedo al tiburón
porque tengo yo un barquillo.
TERT. SEV. } De canela y de limón.
TODOS Ver la ballena
pena me da.
¡Pobre ballena,
qué llena va,
y en el bonito fijándose bien
que feo es también!
La mar, la mar,
se empieza ya a hinchar.

Hablado

SEV. ¿Se durmió?
ANG. Como un ángel.
SEV. Qué tranquilito se ha quedao.
TERT. Es que una barcarola de estas, rinde a un epiléptico.
ANG. Lo malo es que no hace los sueños tranquilos; claro, como no mama.

ESCENA VI

DICHOS y el ALGUACIL del Ayuntamiento. Viste de paisano, pero lleva la gorra de su cargo

ALG. ¿Está por aquí la Garduña?
ANG. Aquí hay un pedazo. ¿Qué se te ofrece?

ALG. De parte del señor Alcalde, que te llegues enseguía al Ayuntamiento.

ANG. ¿Que yo vaya al Ayuntamiento?

ALG. Pero lo que se dice escapá. Conque arrea o te atizo.

ANG. (Asustada.) ¿Pa qué me querrán a mí en el Ayuntamiento?

TERT. (Al Alguacil.) ¿Tú sabes pa qué es?

ALG. A cencia cierta... pus no te pueo decir pa lo que es; pero por lo que he podío colegir es pa una cosa importante.

TERT. (A Angustias.) ¿Tú has hecho algo?

ANG. ¿Yo? Como no sea la tarascá que le di el otro día a la hija del tío Romero.

SEV. ¿Le hiciste mucho daño?

ANG. ¡Regular! Le di así en el cuello y si se descuida me traigo cuarto kilo de carne de pescuezo. ¡Pero que no se hubiera burlao de mí!

ALG. Pues pué que sea pa imponerte una multa.

ANG. (Asustada.) ¿Y tendré que pagar algo?

TERT. ¡Qué sé yo!... No habiéndote traído la carne me paece a mí que no debes pagar ná.

ANG. (Suplicante.) ¿Por qué no viene conmigo alguno de vosotros?

TERT. (A Severino.) Ves tú; porque yo pa ir de aquí al Ayuntamiento, me tendría que sentar tres veces.

SEV. Sí que tié usté hoy una mandanga...

TERT. Pues es la de ayer.

ANG. Lo que es como me haya denunciao esa garlocha, donde la pille, por éstas, que el cuarto kilo me lo traigo corrido. (Se dispone a marchar.)

TERT. ¿No dejas al chico?

ANG. ¡Quiá! No quiero llevarme otro susto como antes.

SEV. Si viene alguien y no quiere usté molestarse, que me espere.

ANG. Vamos. (Se van foro derecha. Tertuliano se despereza y vuelve a sentarse con su natural mandanga.)

TERT. ¡Si viene alguien! Aquí damos por ca servicio un cupón con derecho a rizarse el pelo gratis los domingos y no viene nadie. Así es que me he aficionao a la holganza y no sé más que estar sentao o tumbao. (Echa la cabeza en el respaldo del sillón.) Y tengo una facilidad pa coger el sueño, que vamos, es que lo cojo sin correr. (Pausa. Se duerme.)

ESCENA VII

TERTULIANO, BLANCAFLOR y CACHALOTE. Ella es una mujer del pueblo y él un pescador. Ambos de cuarenta y cinco a cincuenta años. Entran foro derecha

CACH. Anda, pasa, Blancaflor.

BLAN. Pero, ¿pa qué entramos aquí? ¿Se pué saber, Cachalote?

CACH. Porque quiero darle en persona la enhorabuena a la Garduña. ¡Miá que ha sío sombra! ¡Caerle el premio gordo sin haber jugao!

BLAN. Pero, ¿aquí no hay nadie?

CACH. Por lo visto no hay más que el maestro, que está como siempre, en siete sueños.

BLAN. Ya, ya... Paece que lo han destetao con cloroformo.

CACH. Andarán por ahí; siéntate un momento. (Se sientan en las sillas que están en el velador del centro. Cachalote saca una navaja y un puro y se dispone a hacer un cigarro.) ¡Maldita sea mi suerte! ¡Una fortuna! Y uno mal viviendo de tres cochinos pescaos, cuando los vende.

BLAN. ¿Tanto le dan?

CACH. ¿Cómo tanto? ¿No oyes que una fortuna? Así como suena. ¡Una fortuna! ¡Maldita sea!

BLAN. Pero, ¿te has enterao bien?

CACH. ¿De qué me voy a enterar si a estas horas lo sabe tó el pueblo? El niño ese que salvó la Garduña, es hijo de un minero español que lleva no sé cuantos años en California; la mujer, el ama de cría y el pequeño, venían a España a no sé qué... Sucedió el naufragio y ahora, cuando el minero se ha enterao que le han salvao a su hijo... ¡Na! ¡Maldita sea, y uno mal viviendo de tres cochinos pescaos!

BLAN. Pero acaba de una vez. ¿Qué le da?

CACH. Pues ha mandao a un señoritín, que es sobrino suyo, a recoger al niño y a la persona que lo salvó pa llevársela a San Francisco, y paece ser que piensa regalarle una de las minas que tiene, que produce un espanto de dinero.

BLAN. (Asombrada.) ¿Pero una mina de oro?

CACH. De oro; de esas que dan sortijas y pulseras y zarzillos... ¡Maldita sea! ¡Una mina! ¡Y uno mal viviendo de tres cochinos pescaos!

BLAN. ¿No será una exageración?

CACH. ¡Exageración! Por lo pronto le va a entregar delante del Alcalde, no sé cuantos miles de pesetas, por si necesita algo aquí, antes de emprender la marcha. (Bajando la voz y mirando a todas partes.) Ahora, que si yo quisiera...

BLAN. ¿Si tú quisieras qué?

CACH. Pero no, no... Yo podré ser lo que sea; hasta engañaré en el peso a los parroquianos; pero de eso a...

BLAN. ¿A qué? Habla.

CACH. Si tú supieras... Ese sobrino que ha venío me paece a mí que se trae las del *veri* con la criatura. Le debe estorbar.

BLAN. ¿Qué dices?

(Tertuliano se despierta, pero finge seguir durmiendo.)

CACH. Lo que oyes: desde que llegó esta mañana, anda con cierta precaución, porque debe ser muy listo... pero el caso es que anda buscando una persona que haga desaparecer al chico, sea como sea. Y lo pagaría bien.

BLAN. ¿Estás seguro?

CACH. La cabeza me jugaba... Claro, que él quiere aparentar tó lo contrario; pero conmigo se insinuó en la playa, y ya sabes que yo no tengo na de tonto.

BLAN. ¿Y daría mucho dinero?

CACH. Lo que se le pidiera. Pero no, eso no, Blancaflor. Un peazo de pan y una sardina con tranquilidad, antes que un jamón y la concencia royéndole a uno. Y como yo, tós los del pueblo. Aquí le va a ser mu difícil encontrar quien se preste a lo que quiere. Aparte que yo he venío a eso.

BLAN. ¿A qué?

CACH. A prevenir a la Garduña.

BLAN. Ya te guardarás mu bien. Yo no te aconsejo que tú hagas o dejes de hacer, pero que te metas a hablar lo que no debes, eso sí te lo digo. Figúrate que la Garduña, como es así, echa las patas por alto y da parte y te llama la justicia, y ¿cómo vas tú a probarle al sobrino eso? Aparte de que él es millonario y... ¡que no, vaya! Saldrías perdiendo.

CACH. Pué que lleves razón.

BLAN. No sería el primer caso. Tú te callas y allá se las componga ella.

CACH. Mal se las va a componer, porque San Francisco de California está mu lejos... La Garduña no tiene parientes y si me apuras mucho, ni amigos. Te digo que a esa le quitan el chico en seguida.

TERT. (Fingiendo que se despierta en este momento y levantándose.) En seguida. ¿Qué va a ser?

LOS DOS ¿Eh? (Sorprendidos.)

TERT. Ustedes perdonen, pero es que soñaba que había entrao un parroquiano... ¡Mi madre, qué dormido estaba! ¿Hace mucho que estaban ustedes aquí?

CACH. Acabamos de entrar.

TERT. ¿Se va a servir?

CACH. No; veníamos a...

BLAN. (Quitándole la palabra.) A felicitar a la Garduña.

TERT. ¿Es su santo?

CACH. ¡Ah! Pero, ¿usté no sabe ná?

TERT. Como no sea que se la han llevao detenida al Ayuntamiento...

BLAN. Sí, detenida... ¡A darle una fortuna!

CACH. Ha aparecido el padre del niño que es un millonario de California.

TERT. ¿Qué me cuentan ustés?

BLAN. Ha venío un sobrino por ella y le van a dar una millonà.

TERT. Esperen ustés, esperen ustés que me despierte, porque yo debo estar dormido.

CACH. Lo que usté oye. Una millonà.

TERT. ¡Maldita sea! Y uno malviviendo de tres cochinos cortes de pelo.

CACH. Ahora que puede...

BLAN. (Sin dejarle hablar.) Que puede que se exagere algo. (Aparte.) Cachalote, vámonos, que estoy viendo que te vas a ir de la lengua.

CACH. Sí, vámonos. (Alto.) Pues dele usté de nuestra parte la enhorabuena.

TERT. Se le dará.

BLAN. Y perdone usté que le hayamos interrumpido el sueño.

TERT. Ahora me desquitaré.

CACH. (Desde el fondo.) Hombre, apropósito: ese que viene hacia aquí es el sobrino del millonario.

BLAN. Pues ahora es cuando nos vamos más aprisa.

TERT. ¿Muerde ese sujeto?
CACH. Quizá.
BLAN. Hasta más ver.
TERT. Hasta cuando ustés quieran. (Vanse foro izquierda. Tertuliano vuelve a sentarse en el sillón y finge dormirse.)

ESCENA VIII

TERTULIANO e HIPÓLITO por el foro. Es un hombre de veintinueve o treinta años. Viste elegante sin exageración

HIP. Buenos días. (Nadie le contesta.) Pues señor, en este pueblo o son demasiado pillos o demasiado brutos, porque no comprender... Buenos días... (Igual silencio.) Esta aparición del chico trunca mi porvenir por completo. La diferencia de ser el único heredero de mi tío Justo, a no ser nada. Y que es una diferencia de veinte millones de duros. Por eso tengo que desplegar toda mi sagacidad para... Si yo encontrase un hombre... (Alto.) Buenos días.
TERT. (Despertándose.) ¡En seguida! Usté perdone, pero es que estoy reventao de tanto trabajar y... ¿Qué va a ser? ¿Afeitarse? ¿Pelarse? ¿Sacarse una muela?
HIP. Nada.
TERT. Ya me extrañaba a mí.
HIP. ¿Es aquí donde para esa mujer que llaman La Garduña?
TERT. Como parar... esa no para en ningún lao; ahora que aquí viene a hacer los menesteres de la casa, porque yo soy todavía célibe... ¡Ah! Pero la voy a echar, y la voy a echar a patás.
HIP. ¿Tan mal la quiere usted?
TERT. Sola es inaguantable, conque si le une usté un becerro que se le ocurrió salvar de un naufragio y que nos da unos ratitos berreando... ya puede usté suponerse.
HIP. (Con mucha calma.) ¡Hola! ¡Hola! Pero, ¿usté no sabe de quién es ese niño?
TERT. Ya lo creo.
HIP. Ah, ¿lo sabe?
TERT. De un hojalatero, porque hay que ver la lata que nos da. Mas de una vez he estao

tentao de coger la navaja que tengo pa apurar y cortarle el pescuezo. ¡Dichoso niño, qué odio le tengo!

(Pausa. Hipólito saca una magnífica petaca y de ella dos puros.)

HIP. (Ofreciéndole a Tertuliano.) ¿Usted fuma?

TERT. Algunas veces.

HIP. ¿Tendría usted la bondad de aceptarme este Aguila?

TERT. Volando. (Encienden.)

HIP. ¿De modo que odia usted a ese nuevo Moisés?

TERT. Odio es poco. Usté no sabe qué disgustos me tiene daos la Garduña con el dinero pa comprarle el jugo lácteo, y sobre to, pa mí, hay una cosa sobre todas las cosas en este mundo, que es dormir; bueno, pues desde que salvó a ese mequetrefe no he podío dormir dos horas a gusto; y, vamos, que no, que yo a ese llorón lo cojo por una patita y se lo devuelvo al mar y allí que llore to lo que quiera.

HIP. (Sin darle importancia.) No hay necesidad de tirarlo... Puede caérsele a usted involuntariamente... una desgracia...

TERT. No crea usté, que ya había yo pensao echarle algo en la leche pa que se entonteciese y me dejara en paz.

HIP. También es otro procedimiento.

TERT. Para mí, cualquiera es bueno. Incluso pisarle la cabeza a ella y a él. ¡Qué harto estoy de los dos!

HIP. (Siempre sin darle importancia, pero dejando caer las palabras.) ¿Deja mucho este establecimiento?

TERT. Lo bastante.

HIP. Sí, ¿eh?

TERT. Lo bastante para morirse de hambre: aquí se cortan el pelo cuando les llega a las corvas.

HIP. ¿Y le gustaría a usted establecerse en la capital?

TERT. (Con alegría.) ¿En Granada? ¡Mi sueño de platino!

HIP. Pero un establecimiento a la moderna... montado con todo el lujo y el confort... como los mejores de París...

TERT. Le advierto a usté que pa el Carnaval faltan seis meses, y en el Carnaval es cuando yo tolero bromitas.

HIP. Para el Carnaval faltarán seis meses, pero el establecimiento lo puede usted tener en cuanto quiera.

TERT. (Levantándose.) ¿Lo dice usted en serio?

HIP. (Idem.) No lo digo, lo hago.

TERT. ¿Y qué exige usté de mí?

HIP. Una cosa muy sencilla y que además la está usted deseando.

TERT. ¿Cuál?

HIP. Que haga usted desaparecer ese chico que tanto le molesta.

TERT. Desaparecido.

HIP. Poco a poco; tiene que hacerse con cierta habilidad... salvando todas las responsabilidades, para que podamos disfrutar... digo, para que pueda usted disfrutar tranquilamente de su nueva posición.

TERT. Ni una palabra más.

HIP. En cuanto a cumplir lo ofrecido y a la seguridad de mi silencio, trata usted con un caballero; usted no me conoce, pero soy un caballero.

TERT. Con verlo basta.

HIP. Y si quiere usted algo como señal... un billete de mil pesetas...

TERT. Con verlo basta.

HIP. (Saca la cartera.) Ahí va.

TERT. (Cogiéndolo.) Entonces quedamos...

(Se siente una gran algazara en el foro.)

HIP. ¡Eh! ¿Qué ruido es ese?

TERT. (Yendo al foro.) La Garduña, que viene con Severino, mi oficial y unos del pueblo.

HIP. Pues silencio; luego nos pondremos de acuerdo, y no olvide usted que trata con un caballero.

TERT. Con verlo basta.

ESCENA IX

Entra por escena ANGUSTIAS, seguida del ALGUACIL, de TOÑICO y RAMÓN. SEVERINO llega también y se sienta en su sillón. Igualmente hace Tertuliano. Hipólito permanece de pie junto al maestro

ANG. Pero, ¿me queréis dejar en paz? ¡Bigardos, granujas!

ALG. ¡Pero Angustias!

TOÑ. ¡Pero Angusticas!

ANG Sí, sí; ahora Angusticas, y antes Garduña; pues no, no y no. Ahora soy más Garduña que antes.

ALG. Tú ya sabes que yo te he tratao siempre bien.

ANG. Bien mal.

RAMÓN Como yo.

TOÑ. Y como yo.

ALG. Pero, señor; si es lo que yo le he dicho al salir del Ayuntamiento: tú estás sola, aborrecía de to el mundo; a ti te hace falta el amparo de un hombre.

TOÑ. O de dos.

ALG. O de tres.

ANG. ¿Sabeis lo que os digo? Que nunca he estao mejor que cuando he estao sola y que pa ampararme, ya tengo yo mis uñas. Conque dejarme, que tengo muchas cosas que hacer. (Dándose importancia.) Voy a arreglar los baules... a meter los trajes... Estos viajes con tanto equipo, son tan pesaos...

ALG. ¡Vaya, ya te pones de buen humor!

TOÑ. Pero, ¿volverás por aquí cuando tomes ese dineral?

ANG. En seguidita.

RAMÓN No lo digas en broma, porque me paece que no te ha ido tan mal.

ANG. ¿Pero quién dice que me haya ido mal? Salvo el que los chiquillos me apedreaban, las mujeres se reían de mí, los hombres me tomaban de mofa y la mitad de los días no sabía lo que era un pedazo de pan, y si me acercaba a una puerta a pedirlo me echaban a patás como a un perro... salvo esas pequeñas cosas sin importancia, por lo demás agradecidísima.

TOÑ. ¿De modo que te marchas en seguida?

ANG. Lo que se dice en seguida. ¿Verdá usté?

HIP. Cuando tú quieras.

ANG. Primero voy a Graná, a equiparme, eso, y a ponerme guapa y a divertirme un par de días que ya es hora que yo sepa lo que es divertirse.

HIP. Por dinero no te preocupes; gasta lo que quieras; no tienes tasa.

ALG. (Aparte.) ¡Qué barbaridad, qué suerte!

TOÑ. (Aparte.) No, pues lo que es yo, no desisto.

RAMÓN (Aparte.) Yo me caso con ella a la fuerza.

ANG. Pero, ¿qué esperais ahí, fantasmones?

ALG. A ver si caías de tu burro.

ANG. ¿De mi burro? ¿Me tiés tú en brazos? Entonces, ¿cómo me voy a caer de ningún animal? Largo, a trabajar, que no os quebrareis; haraganes, vagos...

TOÑ. Está bien, Garduña.

ANG. Eso; Garduña.

ALG. Vámonos. (Mutis los tres.)

HIP. Yo también voy a despedirme del Alcalde y en seguida vuelvo por ti. Cuida mucho al niño que no sabes lo que me interesa.

ANG. Pues, ¿y a mí? ¡Maldita sea! De pensar que tengo que devolverlo... Por mí, que se quedaran con to lo que me van a dar, con tal de que no me lo quitaran.

HIP. Eso no puede ser. ¡Es su padre!

ANG. ¿Y yo? ¿No soy su madre? Bueno, su madre, su madre... pero hay que ver; ella pasaría fatigas pa traerlo a este mundo, pero las que yo pasé pa que no se fuera al otro: ¿y...?

HIP. Para eso te van a recompensar, como no podías imaginarte. Vaya, en seguida vuelvo. Cuídalo, ¿eh? cuídalo. (Hipólito hace mutis por el foro. Tertuliano y Severino se han quedado como benditos durmiendo que es un encanto.)

ANG. ¡Que lo cuide! Y tanto que le voy a cuidar. (Al chico.) Porque tú ahora, te despertarás con hambrecita, ¿verdad, cielo mío? ¡Ah, pero no tengas miedo, tengo dinero! Vamos a ver; ¿te gustaría a ti un ama de esas que tienen un menú que se les van los ojos a los soldaos detrás de el? ¿La quieres? Pero, no, no; ponerte yo en brazos de otra mujer y que la tomes cariño... porque ¿a ver quién no toma cariño a la cocinera?... ¡Nunca! Te compraré el mejor biberón que haya, y... (Después de pensar un instante, con alegría.) ¡Pero ahora que caigo... sí, sí... De ese modo no hay miedo de que... ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Verás, verás qué sueños vas a hacer más tranquilos; al verte dormir te van a tener envidia tós, tós... (Viendo a Tertuliano y Severino.) menos esos dos. Anda, vamos. (Hace mutis por el foro izquierda. Apenas ha desaparecido, cruzan por el foro derecha e izquierda, persiguiendo a Angustias, el Alguacil, Toñico y Ramón.)

ESCENA X

DICHOS y MARIANO, guardia municipal, acompañando a FRASQUITO, guarda jurado, que tiene un carrillo hinchado, y lo cubre con un pañuelo atado. Este personaje no entra en escena, pero debe colocarse de modo que lo vea el público

MAR. ¡Que no es pa sacártela, hombre!
FRAS. Mariano, no te empeñes, que no entro: que esto es nervioso.
MAR. Mejor, que mejor. ¿Que es nervioso? te da un calmante. ¿Que es carie? te pone una hila y descansas.
FRAS. Que me la saca; y cá vez que me acuerdo de lo que pasé hace dos años cuando el otro cirujano... ¡Mi madre! Después de tirarme diez veces, me dejó dentro el raigón.
MAR. Por eso no pases cuidao. Este, del primer tirón se lleva media cabeza. Te lo garantizo.
FRAS. Que no, Mariano, que no.
MAR. Vamos, hombre, no seas cobarde.
FRAS. Que te he dicho que no.
MAR. Pues, por lo menos, aféitate, que paeces un bolcheviqui.
FRAS. Yo no me siento en un sillón de esos, ni pa un banquete.
MAR. ¿A que te siento yo a la fuerza?
FRAS. ¿A la fuerza? Ahí en la taberna de la plaza te espero. (Vase corriendo.)
MAR. (Dando voces.) ¡Pero oye!... ¡Frasquito!... ¡No seas animal! ¡Frasquito!
TERT. (Despertando.) ¿Quién da esas voces?
SEV. (Lo mismo.) ¡Anda, si es la autoridad!
MAR. ¡Que vengas te digo!... ¡Na, que si quieres!... (Entrando.) Pues así no pué seguir.
TERT. Pero, ¿a quién llamas?
MAR. A mi cuñao: ¿vosotros no conoceis a mi cuñao Frasquito?
TERT. ¿Frasquito?... Me parece que no.
SEV. Ni yo.
MAR. Es verdad, que como está siempre en el monte... y cuidao que yo lo sermoneo. «Vente al pueblo, hombre; aquí es otra vida.» El siempre en el monte.
TERT. Estará empeñao... en hacer esa vida.

MAR. Cariño a cuatro chaparros y dos tomillos Bueno, pues es el caso, que el pobre está de una muela que muerde las parés, y lo he traído a ver si se la sacabas; pero, sí, sí: le tiene más miedo al tirón que a un tiro, y he pensao, a ver si con engaños, ¿sabes?... valiéndonos de alguna estratagema... Porque está que muerde.

TERT. Mándamelo, que ya verás cómo descansa.

MAR. ¡Qué sé yo! Está más duro de convencer...

TERT. Envíamelo con cualquier achaque.

MAR. Es que te advierto, que lo primero que te dice, es que no le ha dolío nunca la boca, y que tiene la mejor dentadura del mundo... ¡Gachó! y se ha tenío que poner un pañuelo pa taparse un flemón como un melón.

TERT. Tú échamelo, que luego me dará las gracias.

MAR. Voy a ver si con el pretexto del afeitao, o de que vas a ir al monte a tirar unos tiros... No confío, ¿sabes?... pero por hacerlo no quedará. ¡Hasta luego! (*Vase por el foro.*)

TERT. Anda con Dios, Mariano. (*A Severino.*) ¿Te convences ahora de que lo mío no es mala pata?

SEV. ¿Pues qué es?

TERT. ¡Que estoy baldao de las dos! Hasta los dolores de muelas se los aguantan pa que yo no gane una cochina peseta!

SEV. Aquí no quié entrar nadie.

TERT. Y que lo digas. Pero, ¿qué tendrá este establecimiento, que llegan a la puerta y no quién pasar?

ESCENA XI

DICHOS y ANGUSTIAS, *que sujeta por una cuerda trae una cabra con un lazo encarnado al cuello. La cabra no quiere entrar*

ANG. Pero, ¿por qué no quiés entrar, recondená?

SEV. ¡Ni los animales!

ANG. Vamos, anda; que no te van a afeitar. (*Pasa por fin Angustias con la cabra.*)

TERT. ¡Mi madre! Pero, ¿pa qué traes esa cabra?

ANG. ¿Que pa qué? Tengo el gusto de presentarte el ama de mi chico.

SEV. ¡Un animal!

ANG. Allá se va con las otras; por lo menos a esta no hay que comprarla collares, ni la seguirá ningún soldao, ni le dará malas tetas, ¿verdad que no, rica?

TERT. Pero, ¿vas a viajar con ella?

ANG. Donde yo vaya, el ama a mi lao; y va en *eslipín* y si no no voy.

SEV. La verdad es que gruñendo y to, no nos vamos a apañar ahora sin ella.

TERT. Sí que te voy a echar de menos, sí.

ANG. (Imitándole y con brusquedad.) Que me vas a echar de menos, que me vas a echar de menos... Eres más animal que el ama.

TERT. Ah, ¿no lo crees?

ANG. Pero, ¿qué voy a creer? Pa echar de menos a una persona hay que perderla de vista.

TERT. Que es lo que me va a pasar contigo.

ANG. ¿Conmigo? (Amenazándole.) ¡Maldita sea! Si no fuera porque tengo el chico, te daba con un suavizador en las narices... ¡Conmigo! Pero, ¿tú crees como esos que yo soy una fiera? ¿Tú crees que yo puedo olvidar que cuando me tiraban de toas partes, tú me diste un rincón pa que me cobijara y algunos días un pedazo de pan?

TERT. ¡Pero Angustias!

ANG. Angustias, sí; tú me pués llamar Angustias y me lo seguirás llamando; y ya te estás quitando esa blusa que te vienes conmigo y con el ama y lo que sea de mí será de ti.

TERT. ¡Pero Angustias!

ANG. ¡Pero narices! Que no me hables más; el demonio del tío este. ¡Pero qué se había creído!

TERT. Pues oye una cosa importante.

ANG. ¡Que no oigo nada, ea! Es decir, sí oigo. Oigo a ese que está llorando. (Por Severino que momentos antes ha roto a llorar.)

TERT. ¡Pero que es una Madalena!

ANG. Pero, chico, ¿qué te pasa?

SEV. (Gimiendo.) Qué, qué quiés que me pa... pa... que me pase?... ¡Que oigo lo que dices y a mi prin .. y a mi prin...

ANG. ¿No te importa?

SEV. Y a mi principal que se va contigo, y ¿qué va a ser de mí?

TERT. Es verdad, ¡pobrecillo! Yo le dejaría el establecimiento, pero es lo mismo que dejarle

el penal de Santoña, porque este degüella a dos o tres.

ANG. No llores más, arrastrao.

SEV. (Llorando.) Déjame llorar.

ANG. Que no llores más te digo, y alza, que te vienes con nosotros.

SEV. (Con alegría.) ¿De veras?

ANG. Como lo oyes; irás al cuidao del ama; pero no vayas a hacerle el amor, ¿eh?

SEV. Lo que voy a hacer es tenerla como una princesa; hasta la cara la voy a lavar toas las mañanas.

ANG. Pues a no perder más tiempo; yo voy un momento dentro a que le dé de mamar a éste, que ya es hora, y en seguida salgo. Vosotros prepararse, que el sobrino no tardará en venir.

TERT. Pues mira tú lo que son las cosas: el sobrino se alegrará mucho de que me lleves contigo.

ANG. Se alegre o no, es mi voluntad. (Entrando en la derecha.) Anda, rica, y a ver cómo te portas.

SEV. Es brusca, pero es buena, ¿verdad?

TERT. Muy buena.

SEV. Lo que es menester es que lo del ofrecimiento sea un hecho.

TERT. Lo será; yo te lo juro.

(Entra por el foro Paco; viste de guarda-monte: bandolera, etc. Trae colgada al hombro una tercerola; se cubre un flemón en la cara con un pañuelo que ata a la cabeza. Este tipo se procurará que sea lo menos parecido en estatura, etc., etc., al de Frasquito.)

PACO (Entrando.) Buenos días.

TERT. Servidor.

PACO Hombre, aquí vengo a ver si me quitan algunos pelos de la cara, porque como apenas salgo del monte, si me dejo, voy a parecer un apóstol.

SEV. (Aparte a Tertuliano.) Este debe ser el cuñao de Mariano.

TERT. Sí, cállate.

PACO Pero tié que ser con mucho cuidao, ¿eh?, porque tengo un flemón que me está haciendo pasar lo mío.

TERT. Ya se le nota, ya, amigo Frasquito.

PACO Me llamo Paco.

TERT. Bueno; Paco y Frasquito... ¿Y de qué es ese flemón?

PACO — De un golpe; me di contra una encina y por poco me dejo el carrillo.

SEV. — (Aparte.) Sí, sí; no estás tú mala encina.

TERT. — ¿Y no será...? ¿Un poco del golpe desde luego, pero otro poco de alguna muela que tenga usted picada?

PACO — ¿Quién? ¿Yo? ¿Yo una muela picada? Es lo único, a Dios gracias, que no me ha dolido nunca.

TERT. — (Aparte a Severino.) ¡Qué embustero!

PACO — Yo tengo la mejor dentadura del mundo.

SEV. — (Aparte a Tertuliano.) Lo que nos decía el cuñao.

TERT. — (Aparte a Severino.) Cállate.

PACO — Le digo a usted que es digna de verse.

TERT. — Hombre, me gustaría verla. Curiosidad ná más, porque como uno tié su miajita de dentista...

PACO — Pues se va usté a asombrar. (Deja la tercerola en un rincón y se quita el pañuelo.)

TERT. — (Poniendo una silla frente al público.) Siéntese aquí y abra bien la boca. (Paco lo hace.) Buena, buena dentadura. (Aparte al público.) La tercera de las de abajo.

PACO — (Con orgullo.) ¿Eh? ¿Llevaba yo razón?

TERT. — Puede usted estar orgulloso. (Aparte a Severino.) Alárgame el gato; sin que lo note. (Alto.) Ahora que...

PACO — ¿Qué?

TERT. — Que me parece que en una he notao un puntito negro; no es gran cosa, pero pudiera ser el principio de una carie, y...

SEV. — (Dando el gato.) Ahí va.

PACO — ¡Imposible! Será una mota del tabaco.

TERT. — Quizá lleve usté razón, porque no me he fijao bien; a ver, abra usté otra vez la boca. (Aparte a Severino.) Sujétale bien la cabeza, tú. (Paco abre la boca.) ¿Ve usté? Aquí es donde yo decía que... (Le agarra la muela con el gato.) Ya está. (Tira y Severino le sujeta la cabeza.)

PACO — (Quejándose y pataleando.) ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

TERT. — ¡Qué dura está la condená!

PACO — ¡Ah! ¡Aj! ¡Aj!

TERT. — (Dando un tirón.) ¡Por fin!

PACO — ¡Asesino! Sacarme una muela sana... lo mato. ¿Dónde está mi tercerola? (Se dirige al rincón y coge la tercerola.)

SEV. — ¡Por Dios, amigo Frasquito!

PACO ¡Que yo no me llamo Frasquito!

TERT. Pero considere usté...

PACO Tú me has sacao una muela, pero yo te voy a sacar los sesos. (Monta la tercerola.)

TERT. No, por Dios; no tire usté. (Huye por el foro y se le oye decir.) Severino, que no tire.

(Paco corre tras él.)

SEV. (Desde el foro.) ¡Eh! No le apunte, no tire. (Se oye un disparo.) ¡Lo ha hecho un taco! (Vuelve y cae desfallecido en el sillón.) El Señor lo haya acogido en su seno.

(Por la puerta de la derecha sale Angustias con el chico; por el foro entra Hipólito.)

ANG. Pero, ¿qué pasa?

HIP. ¿Qué sucede?

SEV. Que acaban de matar al maestro.

ANG. ¡A Tertuliano!

HIP. ¡Al dueño!

SEV. A estas horas estará sentado a la diestra o a la siniestra, según el hueco que quede, de Dios padre Todopoderoso.

HIP. (Con desaliento.) ¡Adiós mis planes! ¡El único hombre que había encontrado!

ANG. (Idem.) ¡Adiós mis ilusiones!... ¡El único hombre que me había sido simpático! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO (1)

La escena representa la terraza-jardín del Hotel de Siete Suelos en la Alhambra de Granada. Cruza el foro una serie de almenas que arrancan del suelo de la terraza y tienen una altura de veinte centímetros; el telón de foro es la vista de la arboleda de la Alhambra. A la izquierda (del público) en primer término, fachada del edificio, con puerta practicable. Distribuídas por el escenario mesitas cuadradas, etc. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, sentados en una mesa de las del primer término, están TERTULIANO dando espaldas a la fachada del edificio, y a su lado ANGUSTIAS y SEVERINO. Están haciendo la comida del medio día. El CAMARERO va saliendo con todo lo que indica el diálogo

TERT. (A Severino.) Ten cuidao cómo trinchas las aceitunas, que anoche en el comedor te saltó una y por poco dejas tuerta a una señora.

SEV. Es que a mí, esto de comerlo tó con el tenedor me revienta.

ANG. (Que estará vestida y peinada superiormente.) Haz lo que yo; que cojo el tenedor, figuro que pincho lo que sea, y lo cojo con los deos.

(1) Esta escena puede substituirse por un jardín a medio foro.

TERT. Y hay que ver cómo nos miran; y pa mí que se ríen de nosotros.

ANG. Por eso hemos salío hoy a almorzar a la terraza: así estamos solos y podemos hacer lo que nos dé la gana.

SEV. To menos beberme el agua esa templá que nos ponen al final, que ayer por poco echo las tripas.

TERT. Como que me dijo el camarero que era pa lavarse los deos.

ANG. ¡Valiente porquería! Cuánto mejor es chupárselos con la lengua.

SEV. ¿Quién nos iba a decir antiyer, que íbamos a estar hoy comiendo con el maestro en Graná, en la fonda de los «Siete Suelos...»? Ahora, que si en vez de tercerola, lleva una escopeta de dos cañones, usté no come con nosotros.

(En este momento aparece el Camarero con una botella de champagne que empieza a descorchar, colocado detrás de Tertuliano. Siguen hablando sin darse cuenta de la presencia del Camarero.)

TERT. No hablarme de eso, que se me pone la carne como pa una pepitoria.

SEV. ¿Usté se daba cuenta de que lo seguía?

TERT. ¿Que si me daba cuenta? Yo lo sentía detrás de mí, y sin verlo, lo veía, y lo veía que se preparaba y que me apuntaba, y... (El Camarero, en este momento, descorcha la botella, que suena atrozmente. Los tres dan un grito y se levantan asustados. El Camarero sirve las copas.) Pero, ¿quién le ha pedío a usté gaseosa?

CAM. Es de la Viuda.

ANG. Aunque sea de la huérfana: nosotros no habemos pedío eso.

CAM. Es ese joven que viene con ustedes, que ha ordenado que se les traiga champagne. Supongo que les gustará esta marca.

TERT. (Dándose importancia.) ¡Pschl... Esto es mucho ruido y poca bebía... Pero, en fin, por no despreciarlo... Andar, sentarse.

(Se sientan los tres. El Camarero entra en la casa para salir luego con los demás servicios. Angustias bebe la copa de champagne: la espurrea casi toda y empieza a hacer gestos como si se ahogase.)

SEV. Pero, ¿qué te pasa?

TERT. (Dándole golpes en la espalda.) Angustias, Angustias...

SEV. ¡Ay, que se ahoga! ¡Vaya un almuercito!... Ya se me están poniendo los nervios como pa un tango.

ANG. ¡Ay!... (Respirando.)

TERT. ¡Vamos, mujer! Pero, ¿qué te ha pasao?

ANG. Ya podía habernos dicho ese tío, que esto había que echarlo por la nariz.

SEV. Eso es que te se ha ido por otro lao.

ANG. Esto se va por donde le da la gana; no hay quien lo sujete.

TERT. A ver; bebe tú.

SEV. (Con miedo.) ¡Quiá, no! Beba usté antes.

TERT. Los dos a un tiempo.

ANG. (Levantándose.) Esperar que me aparte, que a mí no me regáis vosotros.

SEV. ¿Y no sería mejor tomarlo con cucharilla?

TERT. Mira, no has pensao mal: así, poquito a poco. (Beben con la cucharilla.) Superior, ¿verdad?

SEV. Debe estar pasao, porque pica un poco.

TERT. Anda, Angustias, que así se pué beber.

ANG. ¿No se va por ningún lao?

TERT. No, mujer. (Se acerca, y los tres siguen bebiendo con la cucharilla. Sale el Camarero con una bandeja con café y licores.)

CAM. ¿Quieren ustedes que les traiga cuchara de sopa?

SEV. No; ¿para qué?

ANG. Es por entretenernos.

TERT. Como no tenemos na que hacer hasta que venga esa zambra gitana que nos va a divertir...

CAM. No tardará en llegar. (Sirve el café.) ¿Quieren ustedes con el café una copita de «Marie Brizard?»

SEV. ¿De María?

ANG. ¿Es viuda también?

TERT. En no sonando venga lo que sea. (El Camarero sirve y se va.)

ANG. (Acercando los labios con miedo a la copa.) ¡Hombre! Esta doña María se pué beber.

SEV. Sí que está rica, sí.

TERT. (Mirando a todos lados y con misterio.) Bueno, y ahora que nadie nos oye, como no sea doña María, no olvidarse, por Dios, de lo que hemos convenío: mirar que mi situación es cada vez más crítica y si el sobrino se huele que le estoy engañando, estamos perdíos.

SEV. Pero diga usté, maestro: ¿por qué no se da parte a la autoridad?

TERT. Porque no lograríamos na; en primer lugar, ¿cómo se lo íbamos a probar? El no pué estar más atento con nosotros ni más cariñoso con la criatura y por mi solo dicho...

ANG. Además, que como dice éste mu bien, es él el amo de los cuartos, y el que tié dinero tié razón.

TERT. Creerme a mí; lo mejor es mi plan; así vamos entreteniéndole el tiempo hasta ver si llegamos a San Francisco, y en último caso, si hubiera que tomar una determinación, ya veríamos lo que se hacía. De modo que tú, Angustias, ¿estás empapá de lo que tiés que hacer luego?

ANG. Más empapá que del champagne.

TERT. ¿Y tú, también, Severino?

SEV. Por mí pué usté estar tranquilo.

TERT. Pues no echarlo en olvido. Al sobrino no se le pué vencer más que con martingalas; de cara perderíamos siempre.

SEV. Ahí viene, y con las gitanas de la zambra.

ANG. Eso me gusta. ¡Juerga, juerga!

ESCENA II

DICHOS e HIPOLITO seguido de SALÚ, ROSARIO y varias Gitanas más. Salú y Rosario son tiple cantante y bailarina respectivamente. Les acompaña GABRIEL, gitano, tocador de guitarra

HIP. Aquí tienen ustedes ya realizados sus deseos.

SALÚ (Saludando.) ¡Salú!

ROSA (Idem.) ¡Salú!

GITANA 1.ª (Idem.) ¡Salú!

GITANA 2.ª (Idem.) ¡Salú!

TODOS ¡Salú!

TERT. ¡Qué gente más saludable!

GAB. ¿Conque estos son los señores que quieren una mijita de zambra?

ANG. Una mijita, no.

GAB. Señó, se dice una mijita como se pudiera decir otra cosa; pero lo que van ustés a ver es canela en rama.

TERT. Sí, ¿eh?

SALÚ La esencia de lo cañí.

ROSA Cante y baile.
ANG. Pues cuanto antes mejor.
GAB. Deseguía. ¡Salú!
TERT. Si ya me ha saludao.
GAB. Es que llamo a Salú, señor.
TERT. ¡Ah, vamos!
SALÚ ¿Qué quiés?
GAB. Prepará. (Se sienta y prepara la guitarra.) Fíjense ustés. Esto es un órgano, y eso... (Por Salú.) un ruiseñor.

Música

SALÚ

Soy andaluza,
soy granadina.
Yo soy gitana
porque nací
en una cueva
del Sacro-Monte,
y tién mis venas
sangre cañí.
Por eso con mi guitarra
cuando me pongo a cantar,
los jilgueros de la Alhambra
se callan para escuchar.
Granada, bella Granada,
Granada mía,
Graná de mis amores,
jardín de flores,
tierra soñada,
no hay en el mundo
como Granada.
Bendito sea el sol
de la tierra en que nací.
¡Ay, tierra de mi amor,
pensando en ti
pido a un divé
morir aquí.

—

Cuando de noche
oigo la Vela
pienso en mi madre,
que en gloria esté,
y me consuelo
porque imagino
que allá en el cielo
la oye también.

Campanita de la Vela,
cuando escucho tu clamor,
me parece que me llama
mi Granada con amor.
Granada, bella Granada,
etc., etc.

(Baila Rosario.)

TODOS — Mueve, mueve tus caderas,
que tu danza me estremece.
Baila, baila ya, gitana,
que tu baile me enloquece.

Hablado

ANG. — (Entusiasmada.) ¡Pero que muy bien! Yo tengo que aprender a zapatearme y a moverme así. (Imita el baile.)

SEV. — (Nervioso.) A mí eso de moverme me es mu fácil.

HIP. — Bueno, vayan ustedes con ellos a la fonda y obséquienlos; yo tengo que hablar dos palabras aquí con el maestro, relativas a la marcha. No debemos detenernos más, hay que embarcar en seguida.

SEV. — Vengan por aquí.

TERT. — (Aparte a Angustias.) Prevenida.

ANG. — Descuida.

(Hacen mutis marcando el baile de la Gitana. Quedan solos Hipólito y Tertuliano.)

ESCENA III

HIPOLITO y TERTULIANO

HIP. — Bueno, es necesario que acabemos de una vez nuestro pacto: que me cumpla usté lo ofrecido.

TERT. — Calma, señor, calma.

HIP. — Es que han pasado tres días...

TERT. — Sí, pero recuerde usted lo que me encargó: «Hay que hacerlo con cierta habilidad, evitando responsabilidades, para que podamos, digo, para que pueda yo, gozar tranquilamente de mi establecimiento.

HIP. — Sí, pero no buscando la ocasión, no la encontrará en la vida. Usted no hace más que pedirme dinero y más dinero... Ayer mismo

me prometió usted que lo iba a dejar caer desde el balcón...

TERT. ¿Y no estuve con él asomao un rato?

HIP. Pero no se le cayó.

TERT. ¿Y por qué fué? Porque cuando lo iba a dejar caer, vi que pasaba un municipal y me dije: Si le cae encima, me va a echar una multa, y se me cortó la acción.

HIP. El caso es que no ha hecho usted nada: ni el descuido ni el jicarazo...

TERT. (Com misterio.) ¡Chist! Baje usté la voz.

HIP. ¿Qué pasa?

TERT. Que baje usted la voz al hablar del jicarazo.

HIP. ¿Por qué?

TERT. Porque... no se lo quería decir hasta ver los resultaos; pero esta mañana le he dao de comer a la cabra unas yerbas que en cuanto mame el chico, la tragedia.

HIP. (Con alegría.) ¿Cómo?...

TERT. Como usté lo oye. Le va a dar un cólico, que el miserere, va a ser un responso al lao suyo.

HIP. ¿Pero morirá?

TERT. Si lo aguanta, no hay que pensar en jicarazos, porque por el estómago, no hay quien mate a esa criatura.

HIP. Por supuesto, ¿que sin responsabilidades?

TERT. ¡Usté verá!... La cabra, salió al campo, como toas las mañanas, comió esa yerba, y...

HIP. Sí, sí; bien pensado.

ESCENA IV

DICHOS y ANGUSTIAS. A poco SEVERINO

ANG. (Sale con el pelo suelto, llorando sin consuelo.) ¡Ay, Virgen de las Angustias! ¡Que se me muere! ¡Un médico!...

TERT. Pero, ¿qué te pasa, mujer?

ANG. ¡El niño! ¡Hijo de mi alma!

HIP. ¡Acaba!

ANG. Acaba, sí; acaba de mamar y no sé qué le ha dao, que tó lo ha echao, y está morao, y s'ha estirao...

TERT. (Aparte, a Hipólito.) ¿No le dije a usté que no lo resistía?

HIP. (Disimulando.) Pero, ¿a qué puede obedecer?

ANG. ¡Ay, no lo sé; pero se me muere! ¡Por Dios, llamar a un médico! ¡Que se va por momentos!

TERT. ¡Mujer, no será tanto!

HIP. Eso es que ha cogido un asiento.

ANG. No es un asiento, que está tendío, y no abre los ojitos, y tié una fatiga que da fatiga... ¡Se va, Tertuliano, se va!

TERT. ¡Vamos, cálmate, mujer, y bebe algo!

HIP. ¿Qué quieres beber?

ANG. ¡Se va... se va!... ¡Hijo de mi alma!

TERT. Se va a volver loca, la pobre.

ANG. ¡Hijo de mis entrañas! ¡Morirte tú, con lo que te queríamos tós, y sobre tó este señor. ¡Tu primo!... ¡Qué primo te dejas en este mundo! Pero, ¡qué primo!

HIP. Domínate, mujer; eso no será nada.

TERT. Y caso de serlo, hay que tener resignación. Dios se ha acordao de él y... ¡Claro está, que pa estas cosas, es mejor que no se acuerde de uno; pero, ¿qué le vamos a hacer?

ANG. Pues yo no me conformo.

SEV. (Que sale nerviosísimo y llorando como una Magdalena.) ¡Ay, un médico! ¡Ay, un cura! ¡Ay!... ¿Hay algo de beber?

TERT. ¿También tú?

SEV. ¡Se va, maestro, se va!... ¡Pobre criatura!

HIP. ¿Pero no mejora?

SEV. Ya se lo he preguntao y no me contesta.

ANG. Pero, ¿qué te va a contestar con cinco meses?... ¡Animal!

SEV. Yo lo que sé decir, es que se muere.

TERT. (Aparte, a Hipólito.) ¿Ve usté cómo todo llega?

HIP. (Idem a Tertuliano.) Y para ti también ha llegado.

TERT. Si me pudiese usté dar algo... todo lo más que pueda.

HIP. Sí, sí... (Saca la cartera y, sin que lo vean los otros, le va dando billetes.)

SEV. ¡Se va, Garduña, se va!...

ANG. ¡Sí, Severino; se va, se va!

TERT. (Aparte y cogiendo los billetes.) Se va... a quedar sin un cuarto. (A Hipólito.) Y ahora, hay que cubrir las formas. Haga usted por apenarse, como yo.

HIP. Sí, es verdad. (Alto y sacando el pañuelo, figura que se enjuga las lágrimas.) ¡Pobre primo!

TERT. ¡Pobrecillo!
SEV. ¡Qué pena!
ANG. ¡Qué tristeza!
TODOS ¡Qué dolor!
(Vuelven a salir los Gitanos haciendo palmas y cantando. Cuadro.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

La cubierta de un trasatlántico, a gusto del pintor, procurando que a la derecha (del público), se descubra una de las bandas del barco. La orquesta, antes de levantarse el telón, dará idea de una tempestad que poco a poco va cediendo. Al levantarse el telón, la oscuridad es tal, que apenas se ven las figuras. Paulatinamente, y medido con la música, se irá dando luz.

ESCENA PRIMERA

Aparecen el CAPITAN y el OFICIAL

CAP. Ya pasó la tromba.
OFIC. ¡Buen peligro hemos corrido!
CAP. Dé usted las órdenes para que enfilemos de nuevo al puerto; está amaneciendo, y dentro de media hora, podremos atracar.
OFIC. Está bien, mi Capitán.
CAP. ¡Ah! Y que lleven la tranquilidad al pasaje.
OFIC. Buen susto tienen todos.
CAP. Hay que confesar que esta vez no les falta razón: media hora más de temporal, y no arribamos a Filadelfia. Vaya, vamos. (Hacen mutis.)

ESCENA II

Casi a gatas, aparecen por la izquierda segundo término TERTULIANO y ANGUSTIAS. Llevan puestos los chalecos-salvavidas

TERT. ¡Angustias!
ANG. ¡Tertuliano!
TERT. Angustias; ¡qué angustias he pasao!

ANG. Pues, ¿y yo?

TERT. Cuando nos mandaron poner los salvavidas, me entró un temblor... porque cuando se pone uno esto, es que el chapuzón es casi seguro.

ANG. Pero, ¿esto sirve para algo?

TERT. Dicen que con él, no se ahoga uno.

ANG. ¿Que no? ¡Ah, pues yo, me lo pongo hasta pa lavarme.

TERT. ¿Y Severino?

ANG. Encerrao en el camarote con el chico y el ama. Hasta la pobre cabra ha comprendido el peligro... Por supuesto que el primer salvavidas, se lo puse a ella.

TERT. ¡Qué corazón tiene!

ANG. Y que sólo late por ti.

TERT. Pues ven a mis brazos y déjalo que lata. (Se van a abrazar, y no pueden por impedírselo los chalecos.) ¡Qué lata! No puedo abrazarte con el chalequito.

ANG. Pues yo, hasta que me vea en la fonda, no me lo quito.

TERT. Entonces, alarga la cabeza pa que te muestre mi cariño.

ANG. (Inclinando la cabeza.) Ahí va.

TERT. Por buena que eres, toma, (Le da un beso.) en el pelo.

ANG. No tanto.

TERT. ¿Que no? Merecías una corona. (Dándole otro beso.) Toma: en la coronilla.

ANG. ¡Bueno, basta! Tiempo tendrás luego cuando lleguemos al fin de nuestro viaje, y recoja la recompensa y nos casemos. Oye, ¿nos falta mucho pa llegar?

TERT. Estamos dando vista al puerto de Filadelfia. Sí, porque ya hemos pasado Puerto-Rico, que fué donde empezó el temporal.

ANG. ¡Dichoso temporal!

TERT. Por ese sitio, siempre hay levante. Y que es casi seguro: se sale de Puerto-Rico y a poco que andes, levante.

ANG. Bueno, pero, ¿qué nos queda?

TERT. El tren desde Filadelfia a San Francisco.

ANG. ¿Pero no hemos quedao en que nosotros nos?..

TERT. ¡Chist, calla! Que viene gente.

ESCENA III

DICHOS y el OFICIAL

OFIC. Vayan ustedes quitándose esos chalecos; estamos dando vista al puerto.

ANG. ¿Es necesario quitárselos?

OFIC. No creo que se los piensen llevar.

ANG. ¡Qué lástima! Le había yo tomao cariño a la rosca esta.

OFIC. Vamos, pronto.

LOS DOS En seguida. (Mutis.)

OFIC. No creí que llegáramos con tanta felicidad al final del viaje. Pero no le faltaba razón al Capitán; el susto ha sido grande. (Iniciando el mutis.) Hasta esa señorita americana que se ha pasado todo el viaje cantando, no se le ha vuelto a oir. (Vase.)

ESCENA IV

HIPOLITO y TERTULIANO

HIP. (Que sale con cautela convencido de que nadie le ve, llama en voz baja.) Suba en seguida; este es el momento.

TERT. (Saliendo con precaución llevando el niño euvuelto de piés a cabeza.) Por Dios, fíjese bien, que si me vieran...

HIP. Ya le digo que, por ahora, no hay nadie.

TERT. No, no se mueva de ahí. No quite la vista de ese lado, y al menor ruido que sienta, tosa. ¡Si me sorprendieran!...

HIP. Acabemos, no vaya a llorar el niño, y...

TERT. No tenga usted cuidao: precisamente ante ese temor, lo he tapao... que no se sentiría.

HIP. Pues pronto.

TERT. (Al niño.) Muchas horas me has quitao de sueño, y muchos malos ratos me has hecho pasar, pero ¡anda, que el que te voy a hacer pasar yo ahora!...

HIP. (Desesperado.) ¿Qué hace usted, hombre de Dios?

TERT. Me estoy despidiendo de él.

HIP. Cualquiera creería que lo hace usted a caso hecho para que nos sorprendan y no poder...

TERT. (Decidido.) ¿Y no poder?... Hijo de mi vida... ¡Arsa con tu madre! (Lo arroja por la borda.)

LOS DOS ¡Ah! ..

TERT. *¡Consumatum est!*

HIP. (Con satisfacción.) Hipólito Mendoza, ahora es cuando puedes decir que eres el único heredero de tu tío Justo. (Tertuliano solloza.) Ahora, terminemos el plan. (Llamando a todos lados.) ¡Una persona al agua! ¡Socorro! ¡Favor! (Se oye un silbato y salen el Capitán, el Oficial, el Médico y varios marineros.)

ESCENA V

TERTULIANO, HIPOLITO, el CAPITAN, el OFICIAL, el MÉDICO y varios marineros

OFIC. ¿Quién ha sido?

MÉD. ¿Qué ha pasado?

CAP. ¡Pronto! Acortar máquina. Preparar los botes...

HIP. No se canse usted, Capitán, desgraciadamente es inútil.

CAP. ¿Se trata de un suicidio?

HIP. De una desgracia, y al que más hiere directamente es a mí.

CAP. A ver, explíquese.

HIP. Este pobre hombre, estaba ahí apoyado en la borda, con el niño pequeño en brazos, y quizá porque le durase el mareo, o por uno de los bandazos del barco, el hecho es que la criatura se ha caído al mar.

TODOS ¡Qué horror!

MÉD. Pero, ¿cómo estaba usted para?...

TERT. No me lo pregunten, porque no sé cómo explicármelo. Estoy por tirarme al mar. (Aparenta querer tirarse al mar.)

CAP. No diga usted locuras. ¿De modo que el pequeño era?...

HIP. Primo mio; y éste un criado a mi servicio, que le quería con locura.

CAP. Ahora haremos constar en el libro de ruta el accidente, y cumpliremos con todos los requisitos legales.

HIP. Estoy a la disposición de usted para todo.

TERT. Bueno, pero aquí el conflicto, es darle la noticia a quien usted sabe.

CAP. ¿A quién?

HIP. ¡Ah, sí; es verdad! Con el disgusto, no me acordaba. Se trata de la mujer que con este venía al cuidado del chico, y que también lo quería.

TERT. Como que la noticia se la debe dar el Médico y el Cura, porque se muere.

OFIC. No será tanto.

TERT. ¿Que no? El escándalo que va a armar, se va a oir en Filadelfia.

CAP. Ya procuraremos que sea menos.

MÉD. Al fin y al cabo, no era nada suyo.

HIP. De todos modos, yo les suplico a ustedes que si fuesen tan amables...

CAP. Sí, sí: descuide usted. ¿Es esa pasajera de la cabra, que la lleva con un lazo encarnado al cuello?

TERT. La misma.

CAP. Pues vamos.

OFIC. Vamos. (Vanse todos menos Tertuliano e Hipólito.)

ESCENA VI

TERTULIANO e HIPOLITO y a poco, el CAPITAN, el OFICIAL y el MEDICO

HIP. (Al verse solo con Tertuliano, saca un libro de cheques, y después de extender uno, se lo da a éste.) Ahí tiene usted un cheque por valor de lo convenido. Mañana puede usted hacerlo efectivo en el Banco de Filadelfia. Supongo que regresará usted a España.

TERT. En el primer vapor que salga p'allá. ¡Pues pocas ganas que tengo de establecerme en Graná!

HIP. En cuanto a la Garduña, debe volver también a España: porque, ¿a qué va a San Francisco?

TERT. A nada: a que la tome rabia su tío. Ahora, que yo creo que debe usted darle algún dinero. Aunque no sea más que pa el viaje. Como si nos hiciese una limosna, porque si ella nota que yo tengo guita, puede escamarse; y to lo que tiene de bruta, tiene de lista.

HIP. ¡Psch! Unos duros más, no van a ninguna parte, pero ya puede usted decir que me ha costado caro el dichoso niño.

TERT. Es que ahora ha subido todo: y cá vez más. Dentro de poco, si tuviese usted necesidad de hacer desaparecer otro chico, le costaría el doble.

HIP. No, afortunadamente no hay más.

TERT. ¡Quién sabe! (*Suena la sirena y vuelven a salir el Capitán, el Oficial y el Médico.*)

HIP. ¡Hola! Ya debemos estar atracando al puerto.

CAP. ¡Diablo de mujer! Razón tenía usted.

HIP. ¿Les ha costado trabajo?

OFIC. Creíamos que se volvía loca.

MÉD. Y que se volvía loco también el zagalón ese que estaba á su lado.

TERT. Es una fiera.

HIP. ¿Pero han podido lograr que se resigne?

MÉD. ¿Y qué va a hacer?

CAP. La hemos hecho todo género de reflexiones: la hemos dado toda clase de razonamientos, y parece que ha entrado en un período de conformidad.

TERT. Lo terrible va a ser cuando me vea a mí.

CAP. No tema: ya le digo que está resignada.

TERT. Por si acaso, yo no me acerco a ella.

OFIC. Quiere desembarcar en seguida.

MÉD. Aquí llegan.

ESCENA VII

DICHOS, ANGUSTIAS y SEVERINO. *La primera viene sollozando. Tira de la cabra, que en vez del lazo encarnado, lo trae negro. Severino cuelga del brazo una gran cesta de tapas*

ANG. ¡Ay, ay!...

HIP. ¿Qué tienes, mujer?

ANG. Hipo... Hipo...

TERT. Tiene hipo...

ANG. ¡Hipólito de mi alma!

HIP. Vamos; calma, calma... Contra lo irremediable no hay más que resignarse. Vosotros lo sentiréis mucho...

LOS TRES ¡Mucho!

HIP. Pero, ¿y yo? Al fin y al cabo, el chico no era nada vuestro, y mío, sí.

ANG. ¿Usted estará loco?

HIP. Estoy apesadumbradísimo. Ahora, vosotros lo que debéis de hacer es calmaros, y tú, perdonar a Tertuliano.

ANG. (Con furia.) ¡Nunca! ¡Perdonar yo a ese canalla!... ¡Nunca!

TERT. Pero, Angustias, comprende...

ANG. ¡Quítate de mi vista!

HIP. Bueno, bueno: ahí tienes unos billetes para que podáis regresar a España; y descuida, que aunque el golpe es grande, mi tío no es desconsiderado y algo te mandará.

ANG. Dios se lo pague a usted en nombre de ese pobre niño; de ese ángel mío que me parece que lo siento llorar... (En este momento se oye llorar al chico dentro de la cesta que lleva Severino. Angustias, para que no se den cuenta, grita desaforadamente y Severino mueve la cesta como si lo meciese y baila descompasadamente.) ¡Ay, hijo de mi alma!... ¡Lo que yo te tengo que llorar! ¡El trabajo que me va a costar olvidarte!...

SEV. A la nana nanita,
que viene el coco...

(Este canto debe ser simultáneo con los gritos de Angustias.)

HIP. Vamos, vamos...

CAP. ¿No le dije a usted que estaban como locos?

TERT. Cálmate, mujer, cálmate.

(Cesa de llorar el chico, y al darse cuenta Angustias y Severino, vuelven a quedarse tranquilos.)

CAP. Lo mejor es que desembarquen ustedes. Ya pueden hacerlo.

ANG. Sí, sí. Dice usted muy bien.

CAP. Acompáñelos. (Al Oficial.)

OFIC. (A Tertuliano.) ¿Viene usted?

TERT. Yo detrás; pero muy detrás, porque ¿usté la ve que no abre la boca para decirme nada?... bueno, pues sin abrir la boca, me muerde.

ANG. No tengas cuidado: si ya no tengo fuerzas; si estoy resignada; si no puedo ni llorar; si me paece que lo siento más, callando mi pena, callando... (Vuelve a llorar el niño. Igual juego que antes.) ¡Callando, sí!... ¡Callando esta pena que me ahoga! ¡Callando!...

SEV. (Al mismo tiempo.)
A la nanita...,
nanita...

CAP. ¡Lléveselos usted, Oficial!

OFIC. Vamos, vamos... (Telón.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Un gran patio en una granja situada a seis kilómetros de San Francisco. A la derecha del espectador, fachada con puerta que da entrada a la casa. A la primera izquierda, puerta practicable que da entrada a un almacén o estancia. En el foro, una noria que tiene que funcionar. Cerrando el foro una tapia; desde el lateral izquierda, hasta el ángulo del foro, verja y precisamente en el ángulo, la puerta que da entrada a la posesión. Hay un par de macizos en el centro de la escena, colocados uno a la izquierda y otro a la derecha, con algunas flores y algún arbusto: pero los macizos no han de ser muy grandes. Cerca de la puerta de la izquierda, un recipiente grande para moler canela, con su correspondiente maza. Algunas sillas.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, están en escena MAGDALENO, cobrizo, medio indio, medio mejicano. FUENSANTA, tiple cantante, también mestiza. VENUSTIANO, ídem, ídem. Estos dos últimos visten de gala, pues acaban de casarse. Todas las Segundas Tiples y algunos Caballeros, de TRABAJADORES, forman el cortejo. Todos visten trajes parecidos al mejicano

Música

TODOS
Que siga la algazara,
que reine la alegría,
y que la fiesta dure
hasta que acabe el día.
Que siga el baile,
y que después la novia
la Gambusina cante. (Bailan.)

FUEN.
A mí me llaman
la Gambusina,
porque he nacido
junto a una mina,
y allá en el rancho
donde vivía,
era la reina
de la alegría.
Y guardo yo muy escondida
dentro del pecho una ilusión
que hace latir mi corazón.

Una ilusión
que calma mi agonía,
que es mi alegría y hace latir,
y hace latir mi corazón.
Quiero a un ranchero
del Sacramento,
y hacia él vuela
mi pensamiento,
pues cuando lejos mi amor está
sólo sé sufrir,
porque yo sin él
no sé qué es vivir.
Californiana,
dame tu amor,
que tu amor yo quiero.
Californiana, mira que si
tu amor no me das,
de pena yo muero.
Californiana, temprana flor,
luz de la mañana.
Californiana, dame tu amor,
que calme mi dolor.

TODOS Californiana, temprana flor,
luz de la mañana,
etc., etc.

Hablado

TRAB. 1.º ¡Pero que vivan cien años los recién casaos!

TODOS ¡Vivan!

MAG. (A Venustiano.) ¡Menuda suerte has tenido! ¡Casarte con esa flor de los campos!

VEN. Tampoco va mal ella.

FUEN. ¡Miren el presumido!... Lo que es menester, que te dure muchísimo el contento que sientes por mí.

VEN. Hasta que me echen la tierrecita encima.

TRAB. 2.º (Sale con un cepo-trampa muy grande.) Magdaleno, ¿coloco ahora el cepo para el lobezno?

MAG. Sí, colócalo, no vaya con la fiesta a olvidársenos. ¿Observaste el rastro de anoche?

TRAB. 2.º Lo observé. El, salta el tapial, y de primera intención, se agazapa en este macizo, y cuando se convence que no hay nadie, se dirige al encañao y se lleva lo que pilla.

VEN. Anoche se llevó un corderito.

MAG. Y anteanoche una gallina.

TRAB. 2.º Pues lo que es como le agarre ésta, no se va, no.

MAG. Anda, colócala bien, que no se vea.

TRAB. 2.º Descuida. (Se dirige al macizo de la derecha y figura que coloca el cepo entre la tierra.)

ESCENA II

DICHOS e HIPOLITO, por el foro izquierda

HIP. ¡Hola!

TODOS (Respetuosamente.) ¡El señorito Hipólito!

HIP. (Se quita el sombrero y los guantes.) Ponme esto allá dentro y sácame el correo y los periódicos. (Magdaleno hace mutis por la casa.) ¿Qué hay, matrimonio feliz? ¿Estáis contentos?

VEN. Mucho.

FUEN. Sólo nos entristece la ausencia del amo.

VEN. De don Justo, ¡tan bueno, tan dadivoso!

HIP. Ya os he apadrinado yo en su nombre.

FUEN. Y muy agradecidos que estamos; pero nos hubiese gustado que él presenciase este alborozo.

HIP. Eso es pedir un imposible; esta hacienda, esta casa, es casi seguro que no volverá a verla más.

VEN. Pero, ¿tan grande es su pena?

HIP. No podéis darse una idea. Primero, el dolor de haber perdido a su esposa y a su hijo; después, la alegría de que el pequeño se había salvado, y cuando lo esperaba como su único consuelo, la fatalidad se lo vuelve a arrebatar, y para siempre.

FUEN. ¡Ya, ya!... ¡Pobre don Justo!

HIP. El golpe fué tan grande, que decidió marcharse a las minas, y allí lo tenéis haciendo vida de trabajador, buscando en el cansancio el olvido, hasta el extremo que ha prohibido en absoluto que se le den noticias de nada, ni se le moleste para nada.

MAG. (Saliendo de nuevo.) Los periódicos. Correo, no ha venido más que esta carta para don Justo.

HIP. ¿Para mi tío? A ver... (Rompe el sobre y lee.) ¿Eh?... ¿Será posible?... Sí, sí... (Mira el reloj.) Entonces deben llegar de un momento a otro (Irónicamente, guardándose la carta.) ¡Está

bien! Os repito mi enhorabuena, y además de los recien casados, todos vosotros estáis relevados de trabajar hoy.

TODOS Gracias, muchas gracias.

HIP. Pero, marcharse en seguida. (A Sacramento.) Tú, dile a Tabasco, tu marido, que venga inmediatamente.

SAC. Al momento. (Vanse todos por el foro izquierda, menos Sacramento que lo hace por la derecha.)

ESCENA III

HIPOLITO y en seguida TABASCO

HIP. ¿Conque fuí víctima de una farsa? Pues bien, a vuestra farsa, os voy a contestar con otra de la que os van a quedar recuerdos para toda la vida. Afortunadamente la ausencia de mi tío, me facilita el camino de mi venganza.

TAB. (Saliendo.) ¿Me necesita el señorito?

HIP. Sí, acércate, Tabasco. Tú, llevas muchos años al servicio de la casa, ¿verdad?

TAB. ¡Muchos! De joven me trajo su tío con él. Toda mi vida se ha reducido, de aquí a las minas, y de las minas aquí.

HIP. Así es; y del afecto, o mejor dicho, del cariño que sientes por mi tío, no hay que hablar.

TAB. Me dejaría matar por él.

HIP. Pues ha llegado el momento, no de que te dejes matar precisamente; pero sí de que le hagas un favor inmenso.

TAB. La sangre que me pidiera.

HIP. Lo sé; y por eso te he llamado. Tabasco, aprovechando el dolor que agobia a mi tío, piensan darle un timo.

TAB. ¡Un timo a don Justo!

HIP. Sí, una familia de canallas, de aventureros que viven en el pueblo donde ocurrió la desgracia que conoces, han llegado con un niño, para hacerle creer que es el suyo, y recibir la recompensa. ¡Figúrate; el niño que yo ví, como te estoy viendo a ti, hundirse en las aguas!

TAB. ¡Ah, granujas! Haré que los cuelguen de un árbol.

HIP. Eso se merecen; pero no hay necesidad de tanto. Descubierta la farsa, debemos contestar con otra; mi tío, ni está ni piensa venir por aquí, y con echarles a palos teníamos bastante; pero es necesario un castigo ejemplar, para que sepan que no se pueden herir los sentimientos de un hombre en quien la desgracia se ha cebado tan cruelmente.

TAB. Lleva usted razón.

HIP. Por lo tanto, Tabasco, tú vas a ser mi tío Justo.

TAB. ¡Ah! ¿Usted quiere?...

HIP. Que pases por mi tío. Ellos no le conocen; tú los recibes, y...

MAG. (Por el foro izquierda.) Señor, unos españoles preguntan por el dueño.

HIP. ¡Ellos son! (A Tabasco.) Ven conmigo: dentro combinaremos el plan. (A Magdaleno.) Tú, pásalos, y cuidado. ¡Mi tío, está aquí! ¡Mi tío, es Tabasco! ¿Comprendes?

MAG. Comprendido. (Hipólito y Tabasco, vanse por la derecha, Magdaleno, va al foro izquierda, y dice:) ¡Pasen, pasen!...

ESCENA IV

MAGDALENO y ANGUSTIAS, TERTULIANO y SEVERINO. Angustias, tirando de la cabra, y Severino con la gran cesta

MAG. El amo me ha dicho que le esperen.

TERT. Por nosotros que no tenga prisa.

SEV. Que no se preocupe.

ANG. Le dices que somos como de casa.

TERT. ¡Y tan de casa: tú verás!

MAG. Bueno, voy.

ANG. ¡Ah! Haz el favor de alojar al ama en un sitio bien cómodo y ventilao.

MAG. La meteré aquí. (Vase con la cabra por la derecha.)

TERT. (Con gran satisfacción.) ¡Angustias!

ANG. ¡Galvana! (Se abrazan.)

SEV. Por mí no se priven ustés, que yo con esto (Por la cesta.) tengo bastante.

TERT. Perdona, Severino; pero es que...

SEV. Nada; no se preocupen.

ANG. ¡Ay! Gracias a Dios que llegamos al final de nuestro calvario.

TERT. Hay que ver la habilidad conque yo me quité al sobrino de encima.

ANG. ¡Pues anda, que cuando se entere!...

SEV. Ya estando aquí, ¿qué?

TERT. Además, que le diremos al tío to: el interés que tiene de hacer desaparecer al chico para ser el único heredero; lo que me propuso...

ANG. Lo que hemos sufrido en el viaje...

TERT. Todo, todo... ¡Y cómo nos va a recompensar ese hombre!...

ANG. Aquí vamos a estar lo que se dice en la gloria.

SEV. Yo ya me figuro el recibimiento. ¡Hijo de mi alma!... ¡Abrazos... besos!...

ANG. ¡A mí me va a estrujar materialmente!

TERT. Pues ¿y a mí? A mí me mata, ya lo veréis...

(Sale Magdaleno con una bandeja y tres copas grandes llenas de cock-tail.)

MAG. Hagan ustedes el favor de aceptar este obsequio.

TERT. ¿No te lo he dicho? Ya empiezan las atenciones.

ANG. Nos vamos a dar una vida...

SEV. Y esto, ¿qué es?

MAG. *Cótel* de ron y huevo: esto aplaca la sed y tonifica.

TERT. Parece que se lo habían dicho: yo tenía una sed...

ANG. ¡Pues hala, que se enfría!

(Coge cada uno su copa y toman un sorbo.)

SEV. ¡Es riquísimo!

ANG. ¡Es superiorísimo!

TERT. ¡Es poquísimo!

MAG. Como que lo ha preparado el sobrino del amo.

(Al oir esto saltan y sueltan las copas.)

TERT. ¿El sobrino del amo?

ANG. Pero, ¿don Hipólito sabe que estamos aquí?

MAG. Claro que sí.

TERT. ¡Un médico! ¡Un cura!

MAG. ¿Qué le pasa?

TERT. Que esto debe estar envenenado.

MAG. No tengan cuidado: yo al traerlo he metido la lengua en los vasos pa catarlo.., Es mi costumbre.

ANG. ¿La lengua tú? Peor que peor.
TERT. Bueno: ¿pero don Justo?
MAG. Ahí sale.
SEV. ¡Gracias a Dios!
ANG. Con este ya estamos seguros.

ESCENA V

DICHOS y TABASCO por la derecha

TAB. ¿Vosotros sois los tres españoles que deseáis verme?
ANG. ¡Cuatro!
TAB. ¿Cómo cuatro? ¡Tres!
ANG. Cuatro: tres aquí y uno en la cesta.
TERT. Ya podía usted suponer al leer nuestra carta que no nos íbamos a presentar sin el fruto.
TAB. ¡Ah! ¿De modo que el fruto?...
ANG. El fruto viene en la cesta; sí, señor. (Aparte a Tertuliano.) Tarda mucho en abrazarnos.
TERT. No será muy expansivo; pero espérate y verás.
TAB. Bueno, y vosotros, como es lógico, ¿vendréis por la recompensa?
ANG. ¡Pchs!... Nosotros, más bien el gusto de verle a usted, de poder saborear su alegría, porque cuando se hace una cosa buena, pues da gusto ver que se lo agradecen a uno.
SEV. Eso; primero la alegría, y luego la recompensa.
TERT. No nos corre prisa.
TAB. Pues estáis equivocados; eso sería un egoísmo. Antes voy a hacer que os den lo que merecéis, y después ya veréis qué alegría me da.
ANG. ¡Es un alma de Dios!
TERT. ¡Un ángel!
SEV. ¡Qué tío más bueno!
TAB. Tú, Magdaleno.
MAG. Mande el señor.
TAB. Que vengan tres negros de los más fuertes.
ANG. Nos van a regalar un negro a cá uno.
TAB. Y que corten cuatro palos de los buenos.
TERT. Nos van a dar cuatro palos cortaos.
MAG. En seguida. (Vase por la derecha.)

ANG. Pero, ¿no quiere usted ver a este ángel de cielo?

TAB. Después: ya os he dicho que primero es atender a vosotros; después ya me encargaré del niño. No tener cuidado.

TERT. ¡Qué bárbaro! Lo sacrifica to por nosotros.

TAB. Ahora, por lo pronto, vais a recibir un pequeño adelanto a cuenta de lo que pienso daros.

TERT. ¿Para qué esa molestia?

ANG. Luego lo tomaremos to junto.

TAB. No; todo junto quizás no lo aguantéis. Es mejor así, poco a poco; por series de cincuenta en cincuenta.

TERT. (Aparte a Angustias.) ¡De cincuenta en cincuenta mil duros! ¡Nuestra felicidad!

ANG. ¡Yo me voy a desmayar!

TERT. Nos vamos a desmayar todos; ya lo verás.

MAG. (Saliendo.) Señor.

TAB. ¿Qué hay?

MAG. Que con motivo de la boda de Fuensanta y Venustiano, tiene permiso de su sobrino todo el personal y están de algazara.

TAB. Es verdad: no me acordaba...

MAG. Y no es eso lo peor.

TAB. ¿Pues qué pasa?

MAG. Que se han llevado las caballerías y hace falta sacar agua para el riego, meter eso que han traído de las minas en esa estancia, y machacar canela, que no hay nada.

TAB. Pues no hay que apurarse. ¿Para qué están estos aquí?

TERT.
SEV. ¿Eh?

ANG. ¿Cómo?

TAB. (Por Severino.) Ese que dé vueltas a la noria.

SEV. ¡Yo!...

TAB. (Por Tertuliano.) Este, que meta en la estancia todo eso; y esta que machaque la canela.

ANG. ¡Azúcar!

TAB. ¡Canela!

TERT. Pero oiga usted, don Justo...

TAB. (Furioso.) ¡Silencio! ¡Embaucadores!... ¡Granujas! ¿Creéis que se puede jugar así con el dolor de un padre?

TERT. ¡Mi madre!

TAB. ¡Ah!... Pero aquí no tenéis quien os favorezca; estáis lejos de San Francisco; soy el amo.

¿Me entendéis? A una voz mía os colgarían de un arbol, y ¡quién sabe!... Por lo pronto que hagan lo que he mandado. Tú (A Magdaleno.) coge ese rifle, y en cuanto intenten descansar, ya lo sabes, sin contemplación, a la cabeza. (Haciendo mutis por la casa.) ¡A la cabeza, a la cabeza!...

ESCENA VI

DICHOS, menos TABASCO

TERT. Este tío está mal de la cabeza.

ANG. Los que vamos a estar mal de la cabeza somos nosotros.

SEV. Pero, ¿es posible que?...

MAG. Basta de divagaciones y a hacer lo que se les ha mandado. (Apuntando a Severino.) ¡A la noria!

SEV. (Dejando la cesta en el suelo.) ¡No apuntes, hombre! (Empieza a dar vueltas a la noria.)

MAG (A Tertuliano.) ¡A los sacos, a los sacos o disparo!

TERT. No, morenito, no; ya voy. (Vase segunda derecha.)

MAG. (A Angustias.) ¡A machacar!

ANG. En seguida; espera que... ¡Que me maten si entiendo esto! (Se pone a machacar. Sale Tertuliano con un saco al hombro.)

TERT. Oye, tú, cobrizo. ¿Dónde hay que meter esto?

MAG. Ahí en esa estancia.

TERT. ¡Mi madre y cómo pesa!

MAG. ¡Como que es polvo de plomo!

TERT. ¿Polvo de plomo? ¿Y hay mucho?

MAG. Unos trescientos sacos.

TERT. ¿Trescientos? Voy a acabar hecho polvo.

MAG. Puedes alternar: unas veces sacos y otras los utensilios.

TERT. Siempre es un consuelo. (Vase por la izquierda.)

ANG. (Estornudando.) ¡Achís!

SEV. (Parándose.) ¡Jesús!

MAG. No te pares.

SEV. Si es que como ha estornudao..

MAG. Pues si te paras cada vez que estornude, no se riega nunca, porque la canela hace estornudar mucho.

ANG. ¡Achís!... Sí que es verdad, sí.

TERT. (Saliendo.) Bueno, vamos a ver...

MAG. Oraciones a mí, no; ¡al trabajo!

TERT. Pero si es preguntarte...

MAG. ¡Al trabajo o disparo!

TERT. (Entrando en la derecha.) ¡Bueno, hombre, bueno!

ANG. (A Severino.) Aquí ocurre algo.

SEV. Sí; pero hasta que se aclare tenemos que hacer lo que quieran. (Parándose.) No hay que darle vueltas.

MAG. Sí hay que darle vueltas o te meto una bala en la cabeza.

SEV. (Marchando.) ¡No seas bruto, hombre!

ANG. ¡Achís! ¡Achís! Se me va a quedar hueca la cabeza.

(Sale Tertuliano con un gato de hierro, muy grande.)

TERT. Oye, tú: ¿qué es esto?

MAG. Un gato.

TERT. ¿Un gato? ¿No será de angora, verdad?

MAG. (A Angustias.) ¡Fíjate! Tres gatos que tengo... ¡Vamos, hombre, me debían dar un tiro!

ANG. Lo que te debían dar es cordilla.

MAG. ¡Ligero, ligero!

TERT. ¡Sí, ligero!... Ya te daría yo un marramamiau de estos... ¡Ay, Angustias, y decías que aquí íbamos a estar en la gloria!...

ANG. En la gloria, no sé; pero que nos hacen ganar el cielo, no te quepa duda.

(Entra Tertuliano en la izquierda.)

SEV. Oye, ¿es muy grande la extensión que hay que regar?

MAG. No, muy grande, no.

SEV. ¡Respiro! ¿Cuánto tiempo crees tú que tengo que estar dando vueltas?

MAG. Pues una hora por cada kilómetro cuadrado, y son veinticinco.

ANG. ¡Achís!

SEV ¡Jesús!...

MAG. ¡Que no se lo digas más!

SEV. ¡Jesús!... ¡Veinticinco kilómetros!...

ANG. Pues como no venga otro diluvio, ese no los riega.

TERT. (Saliendo.) Primero, saco; luego, gato, y ahora, ¿qué?

MAG. Ahora, saco.

TERT. Ahora saco... Ahora saco un dolor de riñones que me troncho.

ESCENA VII

DICHOS e HIPÓLITO por la puerta de la casa con una sonrisa de triunfo

HIP. ¡Ja, ja!... ¡Así me gustan las personas! ¡Trabajadoras! (A Magdaleno.) ¡Retírate! (Este hace mutis por la derecha.)

ANG. ¡Granuja!

SEV. ¡Asesino!

TERT. ¡Ladrón!

ANG. ¡Esto no se hace con cristianos!

HIP. ¡Estáis en un error! Seguramente creéis que todo lo que os ocurre es obra mía, y no lo es.

ANG. Pero, ¿es posible que un hombre, al que se le trae un hijo, haga esto con nosotros?

HIP. Un hombre, no; un loco, sí.

LOS TRES ¿Cómo?

HIP. Como lo oís: un loco. Tan loco que se están haciendo las gestiones para recluirlo en un manicomio.

TERT. ¿Pero?...

HIP. Cuando me vió llegar sin el niño y oyó de mis labios la desgracia, se inició en él la locura, que hoy, desgraciadamente, no tiene remedio.

SEV. ¡Mi madre!

ANG. ¡Estamos perdidos!

HIP. ¡Completamente!

ANG. Bueno; pero yo creo que no pasará de esto.

HIP. No os respondo de nada. Ahora tiene la manía de que os den quinientos palos a cada uno, en series de cincuenta.

TERT. ¿En series?

ANG. ¿Es que cree que hacemos colección?

SEV. ¡Pues sí que hemos hecho un viajecito!

TERT. Esto es mi mala pata, no os quepa duda.

HIP. Esto es, que entre caballeros, no se debe faltar a lo pactado.

TERT. ¿Pero todavía tié usté valor de creerse un caballero?

HIP. Y os lo voy a demostrar, salvándoos. Voy a hacer que podáis salir inmediatamente, libres; es más, os acompañarán personas de mi confianza.

LOS TRES ¡No, no, no!
TERT. ¡Solitos, solitos!
ANG. Más vale ir solos que mal acompañaos.
SEV. Pero cuanto antes, mejor.
TERT. ¡Ahora mismo!
HIP. Poco a poco; vosotros os podéis ir, pero el niño se queda aquí.
ANG. ¿El niño? (Se acerca a la cesta para defenderlo.)
TERT. ¿Ha dicho usted el niño?
HIP. El niño, sí.
ANG. Vamos, usté está peor que su tío. ¿Para qué quieren ya a la criatura?
HIP. ¡Quién sabe! Suponed que la ciencia vence algún día su mal... Que recobra la razón...
TERT. ¡Te veo, besugo!
ANG. El niño me lo llevo yo.
HIP. En ese caso no hemos hablado nada. A seguir trabajando y que se cumplan todas las órdenes de mi tío.

ESCENA VIII

DICHOS y DON JUSTO, por el foro derecha

JUSTO (Dentro.) No; no entres el caballo; porque salgo en seguida.
HIP. (Aterrado.) ¡Mi tío!
JUSTO (Entrando.) ¡Hola, Hipólito!
HIP. Pero, ¿cómo?...
JUSTO No te extrañes: unos planos de las nuevas galerías que estamos abriendo en la Santa Casilda. En el segundo cajón de mi mesa de despacho, en un sobre grande, están: sácamelos en seguida.
HIP. (Aparte.) ¡Dejarlo solo aquí... nunca! Pero, entra tú, descansa un momento.
JUSTO No, no quiero ver ciertas habitaciones; me traen recuerdos... (Viendo a Angustias y a Severino.) ¡Eh! ¿Qué gente es esta?
HIP. (Bajando la voz.) Pues... unos pobres; vinieron solicitando una limosna, y como hoy, con motivo del casamiento de Fuensanta y Venustiano, he concedido descanso a los trabajadores...
JUSTO Bien hecho.
HIP. Pues están haciendo como que hacen. Motivo para darles un socorro.

JUSTO — Tienes un gran corazón, Hipólito. Anda, sácame esos planos.

HIP. — Pero, ¿por qué no entras?

JUSTO — No insistas, porque me enfadaría. Anda, que quiero regresar a las minas antes que caiga la tarde.

HIP. — Entonces, voy a decirles a éstos que se vayan.

JUSTO — Déjalos, quiero socorrerlos yo también. No todas las obras buenas han de ser tuyas. Anda, no te entretengas.

HIP. — (Entrando en la casa y aparte.) Si descubren quién es, estoy perdido.

JUSTO — (A Tertuliano, que cruza con un saco.) ¿De dónde sois vosotros?

TERT. — ¿A usté qué le importa?

SEV. — ¡Pa enseñar la cédula personal estamos ahora!

JUSTO — Comprendo... ¡pobres! (A Angustias.) Ese niño, ¿es tuyo?

ANG. — (De mal modo.) ¡Y de usté!

JUSTO — Gracias.

ANG. — Y de usté esperamos un favor.

JUSTO — ¿Un favor?...

ANG. — Que nos deje en paz, que bastante tenemos con lo que tenemos.

TERT. — Además, que si nos ven hablar, nos atizan.

JUSTO — ¿Que os atizan?

SEV. — Y en la cabeza, ná menos.

JUSTO — ¿Quién?

ANG. — Un morenazo de esos que tié a su servicio el bandido del dueño.

JUSTO — ¡Eh!

TERT. — Ese don Justo, que no quisiera más que me dejase que le afeitara.

ANG. — Déjalo, que bastante tiene con estar chiflao.

JUSTO — (Indignado.) Pero, ¿qué es lo que hablais? ¿Vosotros habéis visto a don Justo?

ANG. — Como le estamos viendo a usted.

JUSTO — ¿Y habéis hablado con él?

TERT. — Como estamos hablando con usted.

JUSTO — ¿Y decís que está loco?

ANG. — Si no estuviera loco, ¿haría lo que hace con nosotros?

JUSTO — Daros trabajo a cambio de un socorro.

ANG. — Darnos quinientos palos a cambio de un hijo que le traemos.

JUSTO ¡Eh!... ¿Qué decís? ¡Pronto! ¿Qué habéis dicho?

(Angustias, Tertuliano y Severino, asustados por el arranque de don Justo, no saben qué hacer.)

TERT. (Aparte a Angustias.) ¡Ay, mi madre! ¡Si estará este tío loco también!

JUSTO Pero... no, no; yo estoy loco, sí: ¡estoy loco!

TERT. ¿No te lo decía?

ANG. ¡Dios mío! Pero, ¿dónde nos hemos metido?

JUSTO ¡Acabad, pronto! ¿Quién es ese don Justo con el que habéis hablado?

SEV. El dueño.

TERT. ¡El mochales!

JUSTO ¡Mentira!

TERT. ¡Pero que está furioso!

JUSTO El dueño, don Justo, soy yo.

ANG. Sí, que está de remate.

JUSTO Y mi hijo, el niño que una mujer salvó en las costas de Salobreña, y que mi sobrino se encargó de recoger, se le cayó al mar al hombre que lo traía, cerca del puerto de Filadelfia.

ANG. ¡Que se cree usted eso!

TERT. Pero que no se me cayó.

SEV. ¿Si será verdad que este es el tío?

ANG. Una pregunta: ¿usted dice, que es don Justo, el padre del niño?

JUSTO Y lo soy.

ANG. Pues dígame, ¿qué seña particular tiene la criatura?

JUSTO Un antojo que semeja una fresa, en la cadera izquierda.

ANG. ¡Verdad! Ahí tiene usted a su hijo. ¡Cuando yo decía que era de usté!

JUSTO ¡Hijo! ¡Hijo de mi alma! (Llamando.) ¡Sacramento! ¡Sacramento!

ESCENA IX

DICHOS y SACRAMENTO, por la casa; a poco TABASCO

SAC. ¿Llama el señor?

JUSTO Toma; entra en mi alcoba a mi hijo, y ten cuidado con él, que en seguida voy. (Obedece.)

ANG. Y no se apure usted que hemos traído al ama con nosotros.

JUSTO ¿Lo que no acierto a explicarme, es por qué mi sobrino?...

TERT. Su sobrino me ofreció cincuenta mil pesetas, porque hiciese desaparecer la criatura, para quedarse como único heredero.

JUSTO ¡Ahora comprendo!

ANG. Y éste, lo engañó, tirando al mar un chico hecho de trapo.

TERT. Y él me engañó, dándome un cheque falso. Tómelo usted.

JUSTO ¡Ah, canalla!

ESCENA X

DICHOS y TABASCO, seguido de cuatro negros, armados de enormes palos

TAB. Les vais a dar de primera intención cincuenta palos a cada uno, que los mondéis.

TERT. (A Justo.) Ahí está el otro usted.

JUSTO ¡Tabasco!

ANG. Y venían a empezar la serie.

JUSTO (Llamando.) ¡Tabasco!

TAB. (Sorprendido.) ¡Don Justo!

JUSTO ¡Acércate! Acabo de enterarme de que has tomado mi personalidad.

TAB. Si ha hablado usted con su sobrino, le habrá dicho...

JUSTO Lo que quiero saber es lo que él te ha dicho a ti.

TAB. Muy sencillo: que esta gente venía a darle a usted un timo, y había que hacer con ellos un escarmiento. Ahora venía a que les diesen cincuenta palos a cada uno; porque, eso sí; el que trate de engañar a usted, lo lincho.

ANG. ¡Mi madre, y qué a tiempo ha llegao este hombre!

JUSTO Pues lo que se iba a hacer con estas personas, era una infamia: me traían mi hijo.

TAB. ¿Entonces, lo que contó su sobrino?

JUSTO Ya comprenderás el por qué. ¿Cómo creer en tanta maldad?

TAB. (A los mozos.) ¡Retirarse! (Vanse.)

ANG. ¡Mi madre! ¡Qué garrotes!

TERT. Oiga, ¿esos palos eran p'atizarnos o pa montar el telégrafo?

TAB. Para vosotros.

ANG. No acabamos la colección.

JUSTO Ahí viene mi sobrino.

ANG. Me alegro: ahora verá ese farsante.

JUSTO ¡Silencio! Tú, ocúltate en esa estancia. (A Tabasco.) Vosotros a trabajar, y como si no hubiésemos hablado. (Trabajan como antes.)

ESCENA FINAL

DICHOS e HIPÓLITO con unos papeles, y a poco TABASCO

HIP. (Aparte.) Por lo visto no han hablado nada. (A don Justo.) Aquí tienes lo que pedías. ¿Supongo que será esto?

JUSTO A ver...

SEV. (Cantando.)

¡Qué mala entraña
tienes pa mí!..

TERT. (Idem.)

¡Ladrón, ladrón!
¡No mereces otro nombre!

JUSTO Vaya, me marcho antes que caiga la tarde.

HIP. ¡Estoy salvado! ¿Quieres que te acompañe hasta la bifurcación de la carretera?

JUSTO No: ¿para qué? Además que siempre que te veo, acude a mi memoria el relato que me hiciste de... ¡Pobre criatura!... ¿Y no hubo manera de salvarle, verdad?

HIP. Yo quise arrojarme al agua, pero...

ANG. (Cantando.)

¡Tadeo, Tadeo! No le engañes
a tu tío, que está feo...

HIP. Pero, ¿qué es esto?

JUSTO Esto es, que he descubierto tu maldad; que conozco todo lo que has hecho para hacer desaparecer a mi hijo... Sal, Tabasco; y vosotros venid.

HIP. ¡Estoy perdido!

JUSTO En mi casa tuviste cuanto apeteció tu de-

seo: más que tu tío, fuí tu padre: de modo que óyelo bien: Tú no me has engañado porque no podías engañarme. Lo que me contaste del barco, es verdad. Sólo que el que cayó al agua, no fué mi hijo: fuiste tú.

ANG. Y no hubo manera de salvarlo.

JUSTO Para mí has muerto. Vete.

HIP. ¡Maldición!

TERT. Y conste que su cheque se lo he devuelto a su tío: entre caballeros no podía ser otra cosa.

SEV. Y cuando quiera usté afeitarse, avíseme, que ya verá cómo le apuro.

HIP. (Haciendo mutis.) Nos veremos.

ANG. Con unos gemelos al revés.

SEV. Ahora es cuando vamos a estar en la gloria.

TERT. (Aparte.) ¿Te casarás conmigo, Angustias?

ANG. En seguida, Tertuliano.

TERT. ¡Gracias a Dios que llegó el momento!

JUSTO Y para ti que salvaste a mi hijo, primero de las inclemencias del mar y después de la ambición de mi sobrino, toda recompensa me parece poca.

TERT. (Aparte.) Ya está. ¡Ay, qué felices vamos a ser!

JUSTO Podría darte dinero, mucho dinero; pero me parece poco. Fuiste una madre para él, sigue siéndolo, y para ello, me caso contigo.

TERT. (Al oirlo cae desmayado en el macizo donde está el cepo y se sienta sobre él.) ¡Adiós mis ilusiones! (Cae.) ¡Ay, ay! ¡Socorro! ¡Sacadme de aquí, que me muerden!

ANG. ¿Qué te pasa?

TAB. Que se ha sentao en la trampa que se había puesto para el lobezno.

TERT. ¡Ay, que me arrancan el alma a pedazos!

JUSTO No se preocupe que es una trampa.

TERT. ¡Pues poco que me preocupan a mí las trampas!

TAB. (Quitándosela.) Ya puede levantarse.

ANG. ¡Anda! ¡Cómo tienes el pantalón!

TERT. Como mis ilusiones.

JUSTO ¿Os parece poco lo que os ofrezco?

ANG. Es que, la verdad, este y yo nos queríamos.

TERT. Y al casarse con usted, me arranca un pedazo de mi alma. (Se tira de un pedazo del pantalón.)

JUSIO Perdonadme. De haberlo sabido, ¡cómo iba yo a amargar la vida a los que la vida me han traído!... Os casaréis: yo seré el padrino. Aquí viviréis siempre. Seréis los amos.

SEV. ¡Esto es un hombre!

ANG. ¡Tertuliano de mi vida!

TERT. ¡Garduña de mis amores!

ANG. Y aquí termina la obra;
perdón para sus autores. (Telón.)

FIN DE LA ZARZUELA

OBRAS DE ANTONIO PASO

La candelada, zarzuela en un acto.
El señor Pérez, ídem id.
El niño de Jerez, ídem id.
El gran Visir, ídem id.
La casa de las comadres, ídem id.
Los diablos rojos, ídem id.
Todo está muy malo, diálogo.
Las escopetas, zarzuela en un acto.
La zíngara, ídem id.
La marcha de Cádiz, ídem id.
El padre Benito, ídem id.
Sombras chinescas, revista lírica en un acto
Los cocineros, sainete lírico en un acto.
Los rancheros, zarzuela en un acto.
Historia natural, revista lírica en un acto.
El fin de Rocambole, zarzuela en un acto.
Las figuras de cera, ídem id.
Alta mar, juguete cómico en un acto.
Churro Bragas, parodia de *Curro Vargas.*
Concurso universal, revista lírica en un acto.
Los presupuestos de Villapierde, revista política en un acto.
La alegría de la huerta, zarzuela en un acto.
El Missisipí, ídem id.
La luna de miel, ídem id.
Las venecianas, idem id.
Los niños llorones, sainete lírico en un acto.
El bateo, ídem id.
El respetable público, revista lírica en un acto.
La corría de toros, sainete lírico en un acto
El solo de trompa, zarzuela en un acto.
El cabo López, ídem id.
La vírgen de la Luz, ídem id.
El pelotón de los torpes, ídem id.
El pícaro mundo, ídem id.
El trébol, ídem id.
El aire, juguete cómico en un acto.
La torería, zarzuela en un acto.
Gloria pura, ídem id.
La misa de doce, entremés lírico.
¡Hule!, ídem id.
Frou-Frou, humorada lírica en un acto
La mulata, zarzuela en tres actos.
La reina del couplet, ídem en un acto
El ilustre Recóchez, ídem id.
El aire, ídem, id.
El rey del valor, ídem id.
El arte de ser bonita, humorada lírica en un acto
La taza de té, caricatura japonesa en un acto.
Los mosqueteros, zarzuela en un acto.
La loba, zarzuela en un acto.

La hostería del laurel, idem id.
La marcha real, zarzuela en tres actos.
La alegre trompetería, humorada en un acto.
Tenorio feminista, parodia lírico-mujeriega.
El quinto pelao, zarzuela en tres actos.
Los ojos negros, idem en un acto.
Mayo florido, sainete lírico en un acto.
La república del amor, humorada lírica en un acto.
La tribu gitana, zarzuela en un acto.
El gran tacaño, comedia en tres actos.
Los hombres alegres, sainete lírico en un acto.
Los perros de presa, viaje en cuatro actos.
El paraíso, comedia en dos actos.
¡Mea culpa!, disgusto lírico original y en prosa.
Genio y figura, comedia en tres actos.
La partida de la porra, sainete lírico en un acto.
La mar salada, comedia en dos actos.
La alegría de vivir, comedia en cuatro actos.
Los viajes de Gulliver, zarzuela cómica en tres actos.
La divina providencia, juguete cómico en tres actos.
La gallina de los huevos de oro, comedia de magia en dos actos.
El verbo amar, opereta en un acto, dividido en un prólogo y dos cuadros.
Baldomero Pachón, imitación cómico-lírico-satírica en dos actos.
Pasta flora, comedia en tres actos.
El debut de la chica, monólogo en prosa.
El orgullo de Albacete, juguete cómico en tres actos.
La pata de gallo, monólogo cómico en prosa.
El potro salvaje, zarzuela cómica en un acto.
La corte de Risalia, zarzuela en dos actos.
El dichoso verano, fantasía lírica en un acto.
España Nueva, profecía cómico-lírica en un acto.
El cabeza de familia, melodrama cómico en tres actos.
La Piqueta, juguete cómico en tres actos.
El tren rápido, juguete cómico en tres actos.
Los vecinos, entremés en prosa.
Mi querido Pepe, juguete cómico en dos actos.
Sierra Morena, boceto de sainete, original y en prosa.
Las alegres colegialas, zarzuela en un acto.
El velón de Lucena, magia en cuatro actos.
La bendición de Dios, sainete en dos actos.
El infierno, comedia en tres actos.
El asombro de Damasco, zarzuela en dos actos.
El río de oro, viaje cómico en dos actos.
El viaje del rey, juguete cómico en tres actos.
La gentil Mariana, juguete cómico en dos actos.
Nieves de la Sierra, comedia en tres actos.
El Rey del Tabaco, melodrama en tres actos y un prólogo.
El niño judío, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros.
Los cien mil hijos de San Luis, juguete cómico en tres actos.
Juanito y su novia, diablura cómico-lírica en dos actos, divididos en seis cuadros.
Muñecos de trapo, farsa cómico-lírica en dos actos.
Pancho Virondo, comedia en dos actos.
La Garduña, zarzuela en dos actos, el segundo dividido en tres cuadros.

OBRAS DE JOSÉ ROSALES

La chiquilla.—Comedia en tres actos.

Deborah.—Comedia en tres actos.

La flor de los montes.—Zarzuela en dos actos. Música del maestro Salguero.

La garduña.—Zarzuela en dos actos. Música de los maestros Soutullo y Vert.

Precio: 1,50 pesetas